

SHERLOCK HOLMES

Memorias intimas del
REY DE LOS DETECTIVES



CADA
VOLUMEN
UNA
OBRA
COMPLETA

150
PTS.



BLACKWELL
EL PIRATA DEL
TAMESIS



BLACKWELL·EL PIRATA·DEL TAMESIS

CAPITULO PRIMERO

UN ASALTO DE BONE

Entre seis y siete de la mañana, la West-Ferry-Road, calle situada en los barrios oeste de Londres, hacia los docks, ofrecía un desusado aspecto. Alrededor de un hombre que excitaba a la vez el terror, la compasión, y hasta en algunos momentos algo de hilaridad, habíase agrupado enorme concurso.

Aquel hombre podría tener de veinticinco a treinta años, era de elevada estatura y bien conformado, pero su rostro estaba descompuesto, usaba barba rubia enmarañada, cabellos muy largos, mal peinados y tenía extraña mirada fija.

Por todo vestido llevaba aquel extraño individuo un pantalón desgarrado y sucio que sólo le llegaba hasta la rodilla. El resto de su cuerpo aparecía completamente desnudo.

—Está ebrio, y probablemente el amo de la taberna le ha quitado el vestido porque no podía pagar— dijo un hombre de aspecto miserable, a quien sin duda le habría ocurrido tal aventura.

—Es un mono escapado de una colección—bromeaba un muchacho pastelero que se encontraba en la primera hilera de los espectadores con una canasta en la cabeza.

—No digáis disparates—interrumpía entonces un hombre decentemente vestido, con aspecto de empleado modesto—, ¿no veis que el desgraciado está loco?

—Tenéis razón—exclamó una mujer corpulenta que llevaba un delantal de peto encima de su ropa de trabajo. Tenéis razón, el pobre diablo tiene el seso descompuesto. Le he visto primero que todos y juraría que no ha bebido ni un solo vaso.

Algunos curiosos rodearon también a la mujer que acababa de hablar y le hicieron una multitud de preguntas acerca de la manera cómo había descubierto a aquel extraño individuo.

—Estaba allí, en la puerta de mi tienda—contestó señalando con el dedo una de las casas próximas. Ved, señores y señoras, mi tienda de frutería. Estaba a punto de arreglar mi escaparate de pepinos, mis alcachofas y mis patatas nuevas que había recibido de Irlanda. Esta es la buena estación para nosotros, y si no fuera por estos dos meses, Dios sabe cómo luego podríamos pasar el invierno. He aquí que de repente oigo mucho ruido detrás de mí, como si un perro husmeara en el

suelo. Me vuelvo con viveza para espararle, pues no podéis tener idea de los daños que nos causan esos animales. Levantan la pata sobre nuestras canastas y entonces tenemos que tirar todo lo que nos han ensuciado.

¿Quieres marcharte de ahí, bestia puerca?—iba yo a gritar—cuando las palabras expiraron en mis labios. No era un perro lo que andaba por tierra en la acera, sino un hombre. Un hombre que estaba a cuatro patas y que inclinaba la cabeza hacia el arroyo, como si buscara algún alimento, tal vez algunos de los pepinos averiados que yo había tirado, pues como sabéis no conservo más que las legumbres de primera calidad... sí, en este punto no soy como mi vecina...

—Dejadnos en paz con vuestra vecina—exclamó el empleado que primeramente había expresado la opinión de que se trataba de un pobre de espíritu, —y habladnos de ese desgraciado.

—Como veía que el pobre diablo tenía hambre—continuó la mujer—, he entrado en mi tienda para sacarle una buena taza de leche y un pedazo de pan blanco. ¡Si hubieseis visto cómo se lo tragaba! En seguida se incorporó y yo le dije:

—Amigo mío, si os ve un individuo de la policía vais a ser detenido. ¿De dónde, Dios mío, venís así?... ¿De Africa? Sin embargo no sois negro; deberíais vestiros un poco más decentemente.

Hizo entonces un gesto y gruñó algo que no comprendí, pero que se parecía a ¡Pica, pica!

En el momento en que la frutera pronunciaba en voz muy alta estas sílabas, el desgraciado lanzó un aullido quejumbroso que tenía algo de bestial, después comenzó a temblar todo su cuerpo y gritó arrojándose a tierra:

—¡Pica, pica! Brrr... el agua es fría.

—He ahí un «gorrión» que llega—exclamó una voz.

—Ponéos en hilera, que le va a coger inmediatamente.

El «gorrión» no era sino un policía de Londres. Con tal nombre designa la población de la gran capital a los agentes de policía, a causa de su uniforme pardo. Es un apelativo inocente comparativamente a las de «Pólipos», «Cigüeñas», etc., en uso en otros países.

—¿Qué ocurre?—preguntó el polizonte adelantándose—. ¿Qué es lo que

contempláis ahí? ¡Otro borracho, naturalmente!... Ea, abrid paso, circularad, circularad. No conviene obstruir la calle... ¿Pero diablo, qué es eso? ¡Si el mozo está casi desnudo!

El polizonte que palo en mano se había abierto paso rápidamente a través de la multitud, se inclinó sobre el desgraciado tendido en tierra, le cogió por el brazo y le sacudió:

—Eh, señor—gritó—; venid conmigo. Bien podíais ir a dormir la mona en otra parte. ¿Oís?... ¿o es que queréis probar mi palo?

—Dispensad, señor; no es un ebrio, sino un demente que con toda seguridad se ha escapado de una casa de alienados.

—¡Voto a tal! ¿Quién os manda meteros en esto? ¿Creéis tal vez que yo no sé distinguir un ebrio de un loco? No necesito vuestros consejos. Circularad, circularad.

—Exijo que no maltratéis a ese desgraciado. No le cojáis tan brutalmente; ved, ya le habeis hecho un cardenal en el brazo.

—Os repito que este hombre está loco.

El polizonte, rojo de cólera, hizo ademán de dirigirse hacia su interlocutor, pero en el mismo instante, un obrero de elevada estatura, delgado y de rostro enérgico, se colocó delante de él y le dijo:

—Tú, «gorrión»; si te se ocurre la idea de maltratar aún a ese pobre diablo, te prevengo que vas a trabar conocimiento con mis puños y no volverás a hacerlo.

—¡Oh! ¡Oh! Eso es lo que vamos a ver—respondió el policía, exasperado.

Al punto se colocó en guardia de boxe ante su adversario cuyos ojos gris de acero tenían una expresión de tranquilidad y fría resolución.

—¡Alineaos, alineaos, van a boxear! exclamó el público entusiasmado y cual si hubiera estado habituado a aquel género de espectáculo; los curiosos en un abrir y cerrar de ojos formaron el círculo alrededor de los dos combatientes.

No son, por lo demás, raras semejantes escenas en Londres; hasta podríamos decir que son diarias, pues la policía inglesa se sirve gustosa de semejantes contundentes argumentos, y todos sus agentes, por disposición reglamentaria, vienen obligados a trabajar

varias veces a la semana bajo la dirección de un profesor de boxeo municipal.

De esta suerte la mayoría de los polizontes son excelentes boxeadores, lo que les coloca en aptitud de hacer entrar en razón a ciertos individuos violentos, que, no queriendo someterse a la autoridad, no admiten más que la superioridad física.

El policía que nos interesa, era un hombre bastante alto, de anchas espaldas, que parecía rebosar salud y vigor. Tenía puños enormes. Se conocía que le gustaba el boxeo y que no desperdiciaría una ocasión de poner en práctica sus conocimientos en aquel deporte nacional.

Así, no esperó el ataque, y, precipitándose sobre su adversario, le tiró de abajo arriba un formidable puñetazo destinado a romperle la barba.

Pero el obrero estuvo pronto al quite: levantó ligeramente, después bajó con viveza el codo izquierdo contra el cual fué a aplastarse el puño del polizonte.

—¡Hijo de perra!—murmuró el agente de la autoridad—; tú me la pagarás...; no en balde he sido el campeón en nuestra escuela de boxeo, y no es un desarrapado como tú quien...

Pero lo que todavía hubiero querido decir el policía, expiró en un grito de dolor, y un segundo después el «gorrión» caía al suelo.

El obrero, en efecto, cuya calma y sangre fría eran sorprendentes, había hecho con su puño izquierdo una hendidura en la nariz de su adversario, y casi simultáneamente le había asestado con el puño derecho un terrible golpe en la boca del estómago, lo que por el momento le había puesto fuera de combate.

Durante aquel tiempo, había acudido de los alrededores una turba de polizontes, pues el «gorrión» antes de comenzar la lucha había golpeado tres veces con su vara sobre el suelo, señal convenida entre los agentes de policía para acudir en socorro de un camarada amenazado. Mientras que el vencido se levantaba todavía bufando y gimiendo, rojo como un tomate, sus colegas rodearon al obrero e hicieron ademán de apoderarse de él.

—¡Alto, señores!—exclamó el hombre de la blusa azul—. No pongáis la mano sobre un ciudadano de la libre

Inglaterra; podríais tener ocasión de arrepentiros. ¿Queréis detenerme?... bien, os sigo gustoso, pero pido que ese desgraciado sea conducido conmigo y que se le lleve al puesto de policía con todos los miramientos posibles.

—¡Oh! ¡oh! el pillete quiere todavía imponernos condiciones—exclamó el «gorrión» que acababa de ser aporreado. Cogedle, compañeros, y en marcha. En cuanto al otro... el borracho, lo conduciré yo mismo.

Los polizontes se precipitaron sobre el obrero; pero en el momento en que iban a poner la mano sobre él, entreabrió negligentemente su blusa...

Aterrados y embarazados, retrocedieron los polizontes y le saludaron con respeto. Algunos de ellos baltucearon excusas.

—No podíamos saberlo... ¡Ah! si lo hubiéramos podido sospechar... ¡Ah! si es así... No es del todo culpa nuestra...

Lo que determinaba este completo cambio de actitud en los polizontes, era sólo una pequeña placa de metal que el pretendido obrero llevaba debajo de la blusa azul, unida a su camisa de franela.

—Coged a ese infeliz—ordenó entonces con tono suave el hombre del rostro enérgico y tranquilo irguiéndose y fijando en los polizontes sus ojos de gris de acero. Conducidle a la estación de Millwall-street y decid al capitán Gordon que tenga la bondad de esperar en su casa y que el número 10001 irá a verle dentro de algunos minutos.

Los polizontes obedecieron, levantaron al pobre loco y se lo llevaron sin hacerle el menor mal. Este último, durante toda la escena había permanecido acurrucado en el suelo, gruñendo por lo bajo.

Sólo quedó en el lugar del suceso un agente para dispersar a los curiosos.

El obrero de la blusa azul había desaparecido rápidamente por una de las calles vecinas.

El policía vióse en un momento rodeado por el público.

—¿Era alguno de los vuestros?—preguntó la frutera con curiosidad—; ¿era un agente de la policía secreta?

—¡Ah! debe ser alguien de elevada posición—opinó el empleado—; para mí era un capitán de policía de paisano.

El policía guiñó los ojos con aire malicioso; después cuchicheó:

—Era alguien que está por encima de un capitán de policía, y acaso sobre el mismo jefe de la policía..., era el que

lleva el número 10009 en la lista especial... en una palabra, era... Sherlock Holmes.

CAPITULO II

ONCE IDIOTAS

—Buenos días, capitán Gordon; espero que bajo mi disfraz me reconoceréis mejor que vuestros hombres. Pero no hay que guardarles rencor si me han casi detenido. Con esta blusa, este pantalón remendado y mis grandes botas, más que otra cosa parezco un obrero.

Pronunciando estas palabras, Sherlock Holmes penetraba en el despacho del capitán de policía Gordon de la Millwall-Station.

Aquél con un ademán cordial le alargó en seguida la mano y dijo:

—Ya me han anunciado vuestra llegada, señor Holmes. ¿Venís con ocasión de ese salvaje que se acaba de recoger en el West-Ferry-Road?

—No vengo sino por él—respondió el detective—. Este hombre me interesa, pues si queréis tener la bondad, capitán Gordon, de consultar la crónica de los últimos meses, comprobaréis que este desgraciado es la undécima persona que se encuentra en semejante estado en las calles de Londres.

—¡Por Júpiter! tenéis razón—exclamó Gordon—; recuerdo en efecto haber leído en los últimos meses la noticia de varios casos semejantes.

Pero os suplico tengáis paciencia por un minuto, señor Holmes; vamos a comprobar la cosa inmediatamente.

Brown, traedme los partes diarios a partir de mayo.

Algunos instantes después, el empleado al que Gordon había hablado a través de un ventanillo, entró y depositó sobre la mesa de su superior dos enormes volúmenes que contenían centenares de páginas llenos de escritura hectográfica.

Sherlock Holmes se había sentado junto a la mesa del capitán de policía y aguardaba pacientemente mientras que aquél hojeaba uno de los voluminosos registros.

Al cabo de algunos minutos exclamó Gordon:

—Ya estamos.

«El 19 de mayo corriente, en las orillas del canal de Gran Surrey, en el sitio en que desemboca en Old-Cart-Road, se sacó del agua a una mujer desconocida.

«Tiene diecinueve años aproximadamente.

«Está casi desnuda, llevando sólo un delantal alrededor de las caderas.

«Grita y aulla y trata siempre de arrojarse en el canal.

«Es detenida; el médico de la policía certifica en ella un desarreglo cerebral completo.

«Es conducida a Colney-Hatch, uno de los asilos municipales de alienados.»

—Continuad—dijo Sherlock Holmes.

Y el capitán Gordon hojeó todavía hasta que encontró los casos siguientes:

«24 junio. Detenido en la East-India Docks-Road, un hombre de cincuenta años.

«Completamente desnudo, produce la impresión de una bestia salvaje. Parece tener el juicio completamente trastornado; es conducido al hospital de Bethléhem.»

«El 29 junio otro caso todavía. La policía detiene a un joven que se encuentra en el mismo lamentable estado.»

Y durante el mes de julio se repiten los casos semejantes. Ya es una mujer; ya es un hombre.

—¿Y en todos ellos se comprueba un desarreglo mental o la debilidad de inteligencia? — preguntó Sherlock Holmes.

—En todos.

—Y siempre los desgraciados eran hallados desnudos o casi desnudos y se paseaban en las calles de Londres como en estado de embriaguez.

—Sí, eso es lo que dicen la mayoría de los partes.

—Ahora, tened la bondad de decirme, capitán Gordon, ¿no es en las cercanías del Támesis dónde se ha descubierto la mayor parte de esos desgraciados, hacia Greenwich o West-India-Docks?

—Tenéis razón, a fe mía—respondió Gordon.—No se cita un solo caso en que uno de esos desgraciados haya sido detenido en la Cité o bien en los barrios del Oeste. Siempre se trata de barrios limitados por el Támesis.

Sherlock Holmes hizo chasquear las articulaciones de los dedos con aire satisfecho.

—Tened ahora la bondad—dijo—de hacer conducir aquí al último de esos infelices que se acaba de detener hoy. Estoy deseoso de trabar conocimiento con él algo más de cerca que en la calle.

Gordon dió una orden a través de un ventanillo.

Algunos instantes después el desgraciado compareció acompañado de dos polizontes.

Le habían echado sobre los hombros una chaqueta blanca, lo que le daba un fantástico aspecto.

Por lo demás aquel hombre parecía permanecer completamente indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor y no oponía la menor resistencia a los agentes que lo conducían.

—¿No sería conveniente hacer comparecer en el acto al médico de la policía?—preguntó Sherlock Holmes. Si no me engaño, en vuestro puesto debe haber permanentemente un doctor.

—Está en el piso superior y vendrá al momento—respondió el capitán Gordon.

Después telefonó.

—¡Hola! ¿sois vos doctor?—Capitán Gordon.—¿Querriais, os lo suplico, bajar al despacho?—Vendréis al instante.—Está bien.

—Permitid que haga la mutua presentación—dijo Gordon,—y dos minutos después un joven alto, de barba rubia, entró en su gabinete.

—El doctor Warren, médico de la policía municipal—. El señor Sherlock Holmes... no tengo necesidad de añadir el detective más célebre del mundo.

—Cierto que no—respondió el doctor Warren estrechando la mano de Sherlock Holmes.—Su nombre dice por sí lo suficiente.

—Doctor—preguntó Sherlock Holmes señalando al desgraciado,—¿os han hecho reconocer a ese hombre?

—Sí, acabo de verle y examinarle.

Mi diagnóstico establece que este individuo está privado de razón. Parece evidentemente estar afectado de parálisis.

—De una parálisis del cerebro—dijo Sherlock Holmes reflexionando.—Está bien. ¿Y no podríais, doctor, explicar lo que puede haberla producido?

—Tras un examen tan rápido, no puedo—respondió modestamente el doctor.—Por otra parte, la parálisis tiene muy diferentes puntos de arranque.

A veces no es más que consecuencia de una enfermedad anterior. Ese es el caso más general. O bien se produce a causa de una caída grave o de un golpe violento asestado sobre la cabeza.

Finalmente, la parálisis tiene todavía su origen en el atavismo o se declara a consecuencia de exceso de trabajo u otros.

Los signos exteriores de la enfermedad no pueden informar al médico en qué consiste. Únicamente las indicaciones sobre las condiciones en las cuales se ha producido la enfermedad tienen algún valor.

En el caso presente, no podemos apoyarnos en esas indicaciones. El pobre hombre no puede decirnos, y nosotros lo ignoramos por completo, quiénes son sus padres o sus amigos.

—¿Está la parálisis muy adelantada?

—No lo creo—respondió el doctor Warren;—hasta estoy convencido de que se encuentra en el comienzo de la primera fase.

Voy a probároslo al momento.

El doctor Warren cogió entre las suyas la mano del desgraciado, se quitó el alfiler de corbata y trató de hacerle entrar lo que se llama «el ratón en la mano».

El hombre de la barba rubia lanzó un grito, retiró violentamente la mano y empezó a gemir quejumbrosamente:

—¡Pica! ¡pica!...

—Esas son las mismas sílabas que pronuncio en la calle—dijo Sherlock Holmes,—y entonces nadie le amenazaba con un pinchazo de alfiler.

—De esa manera nada obtendremos de él.

—Eh, señor—preguntó Sherlock Holmes en alta voz al desdichado mirándole fijamente;—¿cómo os llamáis?

Se veía claro que el hombre le costaba mucho trabajo responder.

Parecía que comprendiese la pregunta; pero en vano fué que se froase la frente, no podía recordar su nombre.

—¿Os han golpeado?—preguntó entonces el detective.

El hombre no contestó más que con una risa idiota, y agregó luego estas palabras:

—Frió, frío, muy frío.

Sherlock Holmes hizo que le quitaran la chaqueta que llevaba sobre la espalda y le examinó el cuerpo con el mayor cuidado. De repente exclamó:

—Es realmente lo que yo me imaginaba; el hombre ha estado en el agua; tocad, pues, Gordon, su pantalón está todavía húmedo. Apostaría que ha tomado un baño hace tres o cuatro horas a lo sumo.

—¿En el Támesis?

—Es bien posible, Gordon.

Los bolsillos del pantalón están naturalmente vacíos, y en cuanto al traje mismo, es de paño común, tal como lo llevan muchos obreros de Londres.

Ahora una sencilla prueba.

Sentadle en una silla.

Los dos polizontes obligaron, no sin dificultades, a que el hombre se sentara.

Sherlock Holmes le golpeó con la punta del dedo sobre el rostro. El hombre no se movió.

El detective le golpeó igualmente sobre el corazón. En vano. El desgraciado no dió la menor prueba de sensibilidad. Seguidamente el detective le golpeó vigorosamente con la mano plana en los hombros, los brazos, la espalda, los pies. Pero aunque debió hacerle daño, apenas el hombre hizo movimiento.

A continuación, Sherlock Holmes le acarició ligeramente la cabeza por su parte posterior. En el mismo momento el hombre se levantó bruscamente y gritó tan fuerte que debió oírsele de la calle.

—¡Pica! ¡pica! ¡oh! ¡frío, frío!

—Sherlock Holmes hizo una señal de satisfacción.

—Tened ahora la bondad, mi querido Gordon, de proporcionarme buenas tijeras y una navaja de afeitar.

—¿Qué es lo que queréis hacer?—preguntó Gordon sorprendido.

—¡Ah! sencillamente; desembarazarle de toda esta tiña que de nada le sirve.

Trajeron tijeras, navaja, jabón y brocha y Sherlock Holmes comenzó a cortar los cabellos del infeliz como habría podido hacerlo un peluquero de profesión.

Preciso fué sujetar fuertemente al paciente con auxilio de dos polizontes. Apenas se le tocaba ligeramente la cabeza, parecía que se provocaban en él dolores espantosos al propio tiempo que un indecible terror. Pero bajo la ágil mano del detective, la cabellera rubia cayó rápidamente al suelo y muy pronto fué fácil distinguir el color de la piel a través de los cabellos cortos que había dejado la tijera.

Entonces el detective abandonando el instrumento sacó una lente del bolsillo y se puso a examinar con extremada atención el cráneo del paciente.

De súbito exclamó en tono casi alegre:

—Es realmente lo que yo creía— Venid y ved, doctor Warren— tened la bondad de examinar cuidadosamente este sitio con la lente... ¡Eh!, ¿qué descubristis doctor?

—Un punto rojizo, no mayor que una cabeza de alfiler.

—Perfectamente, eso es lo que yo he visto, y ahora voy a deciros, doctor, qué crimen se ha cometido con este infeliz.

—Se le ha introducido una aguja finísima a través del cráneo, se ha agitado la aguja y de esa suerte se ha dañado ciertas partes de la substancia gris.

—Sí, es muy posible—respondió el doctor Warren, retrocediendo.

—No, es para mí de una certeza absoluta. No es sólo este desgraciado quien ha sido víctima de ese crimen, sí que también las otras diez personas que la policía ha detenido en estos últimos meses en las calles de Londres, todas las que presentaban las mismas señales de perturbación mental y el mismo estado de desquiciamiento.

—¡Es un crimen espantoso!—exclamó el capitán de policía. Pero, ¿quién, señor Holmes, podía tener motivo para cometer semejante atrocidad sobre tanta gente?

—Aquel mismo que quería ahorrarse los gastos de manutención de sus víctimas—respondió tranquilamente Sherlock Holmes seguidamente,—hacerlas inofensivas y ponerlas en estado de que no pudieran referir lo que habían visto.



¿Que descubris doctor?

—¡Ah! comprendo, señor Holmes—dijo Gordon;—¿suponeís que esos desgraciados han caído en manos de un malhechor que les ha tenido secuestrados en alguna parte durante cierto tiempo, pero que después, cuando se ha cansado de vigilarles y alimentarles les ha devuelto al mundo privados de la razón?

—Mis más sinceros cumplidos, Gordon; habéis sacado una justa conclusión. Yo también pienso absolutamente como vos y hasta creo conocer a los criminales.

—¡Oh! ¡oh!—prorrumpieron al mismo tiempo el doctor y Gordon, fijando su mirada interrogante y maravillada en el gran detective.

—Todas esas personas que se ha encontrado errantes, privadas de razón en las calles de Londres—dijo a media voz Sherlock Holmes, son las víctimas de esa cuadrilla que la policía busca y persigue desde hace ya mucho tiempo sin haber obtenido el menor resultado. ¡Son las víctimas de los «Piratas del Támesis».

CAPITULO III

EN BÚSCA DE SU MARIDO

—¡Ah! llegáis muy felizmente, señor Holmes—dijo la señora Bounet, la excelente ama de llaves del detective, cuando éste, una hora más tarde regresó a su casa en Victoria-street—. Desde hace media hora una joven está arriba aguardándoos. Harry le hace compañía.

—Gracias, señora Bounet. Decid a esa señora que dentro de unos momentos estaré para ella, el tiempo de mudar de ropa.

Sherlock Holmes entró en su dormitorio, se quitó su disfraz de obrero y se puso su traje de casa, un terno obscu-

ro, y después pasó a su gabinete de trabajo.

Una joven, de unos veinte años, que parecía pertenecer a la clase burguesa se puso en pie a su llegada y Harry quiso explicar al detective que aquella señora aguardaba desde hacía algún tiempo después que él.

Pero Sherlock Holmes hizo un movimiento con la mano y dijo:

—Ya sé, señora, lo que os trae a mi casa. Podéis hablar sin temor delante de este joven; es mi discípulo y mi inseparable y puede oír cuánto os plazca confiarme.

—Vengo a encontrar al señor Holmes —exclamó la joven con lágrimas en los ojos—, porque se me ha dicho que érais el único hombre con condiciones para ayudarme, y yo me encuentro en una situación desesperada.

Desde hace quince días mi marido ha desaparecido sin dejar rastro.

—Ante todo, ¿cómo os llamáis, señora?

—Evelina Blunt.

—¿El nombre de vuestro marido?

—Norberto Blunt. Viajaba por cuenta de Sheffield and C.^o, la gran casa de Temple-street.

Como conmigo hace dos años; yo soy hija única de un negociante de Liverpool, que me dió un regular dote. Entonces...

—¿Desapareció sin dejar huellas, decís?—preguntó Sherlock Holmes;—¿y desde hace quince días? ¿Había con frecuencia disputas entre vos y vuestro marido?

—¡Jamás! señor Holmes. ¡Vivíamos tan felices juntos!

Estábamos a nuestras anchas; cuando menos no teníamos pesar alguno. Mi marido percibía una asignación de quinientas libras esterlinas al año, además teníamos los intereses de mi dote y... como nos habíamos casado por amor...

—¿Juzgáis, pues, entonces como completamente imposible que vuestro marido se haya suicidado?

—¡Dios mío! no sé qué responder, señor Holmes—dijo la joven con voz conmovida.

No puedo explicarme lo que ha podido ser de mi marido, y estoy obligada a creer que acaso ha sido víctima de un crimen.

—Sería muy posible—respondió Sherlock Holmes siguiendo con aire soñador las nubes de humo que se escapa-

ban de su corta pipa—. Servíais, pues, decirme lo que pasó la víspera del día en que desapareció vuestro marido, es decir, cómo empleó el día.

—Lo recuerdo perfectamente—respondió Evelina.

Mi marido había regresado la noche anterior de su viaje por Escocia. Ya os he dicho que viajaba por la casa Sheffield and C.^o.

—¡A propósito!—interrumpió Sherlock Holmes.—Os acordáis si vuestro marido había efectuado cobros en el curso de su viaje? ¿Había percibido dinero de los clientes?

—Sí, lo hacía siempre durante sus viajes. No sólo vendía mercancías a los clientes, sino que también los aprovechaba para percibir el importe de los créditos.

Esta vez regresó con una suma de dinero bastante considerable.

—¿Cuánto aproximadamente?

—Mil libras o acaso más.

—¿En qué clase de moneda?

—En billetes de Banco exclusivamente, a fin de no llevar mucho peso.

—¿Cuándo ingresó el dinero en la casa Sheffield and C.^o?

—Aquí está la desgracia—respondió Evelina Blunt. No lo entregó, no pudo.

El día de la desaparición me decía en el lunch:

«Es preciso que te deje inmediatamente, pues tengo que entregar el dinero a la casa y me entretendré hasta bastante tarde de la noche a causa de las cuentas que tendré que hacer.

«No te inquietes, pues, si no voy a cenar a casa.»

—Entonces sabéis de una manera positiva que vuestro marido se fué llevando consigo el dinero de la casa.

—Sí, estoy absolutamente segura de ello. Hasta ví cómo se metía en el bolsillo la cartera que contenía los billetes de banco.

Me abrazó al partir y después no le he vuelto a ver.

—¿Habéis dado parte de su desaparición a la policía?

—Sí, pero nada ha podido descubrir, ni siquiera una huella de mi esposo desaparecido.

—¿La casa Sheffield and C.^o no ha presentado demanda? Estaría en su derecho el suponer que vuestro marido... se había fugado al extranjero.

—Comprendo, señor Holmes. Queréis decir que mi marido acaso podría ha-

berse escapado con el dinero, pero os juro que es el hombre más honrado de la tierra; los señores Sheffield lo saben bien. Así es que no han presentado demanda alguna.

No obstante exigen de mí y de mi padre la restitución del dinero perdido. ¡Ah! gustosa les daría todo lo que tengo, si sólo pudiera volver a ver a mi marido.

La pobre mujer, anegada en llanto, permanecía en pie ante Sherlock Holmes.

De repente, introdujo la mano en el bolsillo y sacó de él un retrato.

—Ved, mirad vos mismo, señor Holmes—dijo—. ¿No tengo motivo para ser desgraciada cuando se pierde un hombre tan bello y tan bueno y de una manera tan misteriosa?

Sherlock Holmes cogió la fotografía y se aproximó a la ventana.

Pero apenas hubo fijado los ojos en el retrato, exclamó:

—Querida señora, os es preciso conformaros con lo irreparable.

No debéis esperar encontrar a vuestro marido en buen estado de salud.

Es preciso que os hagáis la idea de que está perdido por siempre para vos.

—¿Así habláis, señor Holmes? ¿Vos, en quien había puesto mi última esperanza, y en quien confiaba para encontrar a mi marido?

—Le he encontrado—respondió Sherlock Holmes con voz sorda.

Evelina lanzó un grito y vaciló.

—¿Le habéis encontrado?—exclamó. —Dios misericordioso, ¿qué quiere decir eso? Vos no conocéis a mi marido, señor Holmes. ¿Cómo podéis decirme que lo habéis encontrado?

—No, no puedo engañarme—dijo el detective mirando una vez más el retrato; es él. Este guapo joven de barba y cabellos rubios es el mismo desgraciado que he encontrado hace unas horas en la West-Farry-Road.

—¿Entonces vive?—preguntó Evelina temblorosa de emoción.

—Vive, querida señora—respondió Sherlock Holmes cogiendo la mano de la joven y apretándola suavemente.

Vive, pero ha perdido la razón.

Evelina Blunt no se desmayó como había temido Sherlock Holmes.

Era una valerosa mujercita y durante los quince días que acababa de pasar en la creencia de que su marido había

muerto, se había acostumbrado al dolor en cierta medida.

Sherlock Holmes la hizo sentarse en el sofá y le contó en qué misteriosas circunstancias había detenido por la mañana a un hombre que no podía ser otro que su marido.

Eludió, naturalmente, explicarle lo que había podido determinar la parálisis cerebral en el desgraciado.

Hasta afirmó a Evelina en la opinión de que su marido había debido ser atacado y recibir un golpe en la cabeza que había determinado la pérdida de la razón.

—Sea como fuere, señora Evelina Blunt—añadió el detective—, estad segura de que haré cuanto pueda para descubrir a los criminales que han puesto a vuestro marido en tan deplorable estado.

Lo han desvalijado, naturalmente. El desgraciado no llevaba sobre él más que un pantalón de lienzo cuando se le encontró.

—Y cuando marchó de casa estaba elegantemente vestido—interrumpió Evelina—, pues era siempre muy cuidadoso de su porte.

—¿Podríais decirme con exactitud cómo iba vestido?

—¡Oh! perfectamente. Dejadme sólo coordinar un poco mis ideas.

—Llevaba un terno marrón a cuadros, un sombrero redondo de fieltro negro y una corbata de seda rayada de pardo y rojo.

—Y ahora, todavía una pregunta—dijo el detective al cabo de una breve pausa—. ¿Era vuestro marido muy aficionado a los deportes náuticos?

—¿Qué queréis decir, señor Holmes?

—Esto: ¿tenía predilección por los paseos en bote en el Támesis?

—No lo sé—respondió Evelina—. Pero de todos modos habíamos hecho juntos varias excursiones en canoa. ¿Pero, por qué me preguntáis eso, señor Holmes?

—Es que... quería solamente conocer las pasiones de vuestro marido.

—Entonces, es preciso que os dé alguna indicación—dijo la joven ruborizándose y pareciendo abordar un asunto que le era penoso.

¡Ved, señor Holmes, qué pícaros son los hombres!

—¡Oh! hace mucho tiempo que lo son—interrumpió el detective—, y lo

serán siempre más y más; es desconsolador.

—Pues bien; figuraos que muy poco tiempo después de la desaparición de mi marido, mi primo Charlie vino a verme y me dijo sin haber podido sospechar el suceso:

—«¿Recuerdas, Evelina, que siempre te disuadí de casarte con Norberto Blunt?»

—Me disuadía, en efecto, señor Holmes, por la sencilla razón de que hubiera querido casarse conmigo, pero no me inspiraba ninguna confianza.

—Y bien, ¿qué más os dijo el primo Charlie?

—Pretendió haber encontrado a Norberto el mismo día de su desaparición en compañía de una señora de cabellos negros, de una notable belleza.

—¡Ah! ¡qué primo más perverso!

Evidentemente era por puros celos por lo que así hablaba, pero es una infamia hacer nacer de ese modo la sospecha en el corazón de una mujer.

—Sí, me afirmó haber visto a Norberto con aquella joven bajar de un coche cerca de Ille de los Docks.

—Es seguramente una abominable calumnia—prorrumpió Sherlock Holmes, —no creáis en ella.

Pero... ¿os ha dicho algo más? Quisiera saber hasta dónde puede llegar su maldad.

—Imagináos, señor Holmes—continuó sencillamente la joven,—hasta me indicó el número del carruaje, el número 2730.

—¿Has oído, Harry? Número 2730—dijo el detective a su discípulo.

Harry anotó seguidamente el número en el puño de su camisa.

—Y vuestro primo no les siguió? ¿No pretendió ver a dónde iban?

—No, no lo hizo por delicadeza, me dijo.

Yo le volví la espalda con desprecio y le prohibí que volviera a poner los pies en mi casa.

Os confieso, señor Holmes, que aquella maldad me hizo sufrir mucho.

Como mi marido no regresaba, me preguntaba ya, a pesar mío, si mi primo habría dicho la verdad.

—Habríais podido cercioraros de ello fácilmente, señora Evelina.

¿Por qué no buscastéis el coche 2730 y preguntásteis al cochero si había con-

ducido el día sobredicho un hombre rubio a la Ille de los Docks?

—Lo hice, realmente—murmuró Evelina cuyas mejillas se colorearon de vivo rubor.

Sí, lo hice, señor Holmes, pues no podía sustraerme a un secreto sentimiento de celos, pero...

—Supistéis—interrumpió el detective, que no existe el número 2730 entre los carruajes de Londres, por la sencilla razón de que los números cuyos poseedores desaparecen en el curso del tiempo no son renovados.

La policía de Londres, con arreglo a una extraña prescripción, da a todos los cocheros un número de orden correlativo.

—Sí, señor Sherlock Holmes, eso fue lo que averigué; pero Vos... vos lo sabéis todo, según eso.

—Es el A. B. C. del detective—respondió Sherlock Holmes.

Y ahora, señora Evelina, volveos a vuestra casa. De momento no os aconsejo que busquéis a vuestro marido.

Seguramente ha sido llevado a Bethléem, y vale más que os ahorréis la vista de ese desgraciado.

Mas tarde os conduciré yo mismo cerca de él. Nada hagáis sin prevenírmelo.

—Nada haré, señor Holmes, tengo demasiada confianza en vos.

—Para probarmelo, señora Evelina, es preciso que os comprometáis a no decir a nadie, oís, a nadie absolutamente, que vuestro marido ha sido hallado privado de razón.

—Me callaré, os lo juro.

Sherlock Holmes acompañó a la joven hasta la puerta, después dijo desde la escalera:—Señora Bonnet, id a buscar un carruaje con la señora.

Volvió a su gabinete y dijo a Harry:

—No hay momento que perder Harry. Dentro de tres horas es preciso que yo sepa quién es el propietario del coche que antiguamente llevaba el número 2730. Te informarás fácilmente en las diversas estaciones de coches, y como eres amigo de gran número de cocheros, te ayudarán ciertamente en tus investigaciones.

—Dentro de tres horas estaré de regreso, señor Holmes, pero es preciso que me acomode un tanto de traje, pues los cocheros no me conocen sino bajo el

nombre de Jack, el afilador de cuchillos.

Un cuarto de hora mas tarde, Sherlock Holmes podía ver, desde la ventana de su gabinete de trabajo, un joven afila-

dor de cuchillos empujar, arrastrando la pierna izquierda, un pequeño vehículo con muela y demás utensilios al propio tiempo que gritaba en alta voz:

—¡El afilador de cuchillos, tijeras!
¡El afilador!

CAPITULO IV

EL PADRE DEL AFILADOR DE CUCHILLOS

Sherlock Holmes tomaba el lunch cuando Harry regresó todavía disfrazado de afilador de cuchillos.

El detective le obligó a sentarse a su lado y a comer.

—Me referirás al mismo tiempo cómo has empleado el tiempo—dijo Sherlock Holmes. Por lo demás, te recomiendo esta sopa de pescado. Verdaderamente la señora Bounet se ha excedido.

—He descubierto el coche 2730 y quién de él se sirve en la actualidad.

—¡Ah! me gustaría saberlo. ¿Qué es del coche?

—Actualmente es propiedad de un tal Charlie Blackwell, que vive en el número 24, Dover-street.

—¿Que tal clase de hombre es? ¿Le has visto?

—Seguramente. Hasta he hablado con él.

—Ea, pues, explícate. Me parece que has llevado bien el asunto.

—Pues he ido a encontrar ante todo a mis amigos cocheros. Sabía que encontraría muchos de ellos en la taberna de Meryman. Les pregunté resueltamente si sabían qué era del coche número 2730.

Uno de ellos me refirió que el coche había pertenecido a cierto cochero llamado Wisth que había muerto repentinamente.

Su viuda había puesto el coche en venta y un tal señor Blackwell lo había comprado.

—¿Te ha dicho algo más el cochero acerca de ese Blackwell?

—No. He necesitado para informarme ir al quinto infierno, a Eastend, donde la viuda tiene ahora un pequeño comercio de mercería, y ella es quien me ha dado la dirección de Blackwell.

Al punto marché a la Dover-street empujando el cochecito y cojeando.

Llegado al número 24 tiré de la campanilla.

Una mujer de cara avinagrada me abrió y me colmó de tonterías por haberla obligado a bajar hasta la puerta mientras el jamón se cocía en el fuego.

—¿Tenéis algo que afilar?—le pregunté.

—Sí, de buena gana te afilaría las orejas—me respondió con ademán de darme con la puerta en las narices.

Pero en aquel momento una voz de hombre gritó desde la escalera:

—¿Es un afilador de cuchillos?

—Sí, señor—respondí inmediatamente;—cuchillos, tijeras, navajas, todo lo que queráis, yo lo afilo todo con preferencia el acero de Sheffield.

—Ea, ven aquí—repuso la misma voz.

La bruja de la vieja debió entonces dejarme entrar y me dió el gustazo de pisarle el pie, aunque excusándome como un perfecto caballero.

En el rellano apareció un hombre de elevada estatura y barba de pelo castaño claro.

Observé que me examinó con aire desconfiado, lo que nada tenía de sorprendente, en atención a que los afiladores de cuchillos roban cuando se les deja entrar en las casas.

¿Acaso no tengo yo el físico del empleo?

—Absolutamente—respondió Sherlock Holmes atacando un abundante beefsteak.

El hombre barbudo—evidentemente era el señor Blackwell en persona,—me hizo señas y me condujo al primer piso, a una habitación bien amueblada.

Abrió tranquilamente el cajón de una mesa y sacó de él una especie de cuchillo-puñal de gran tamaño.

—¿Crees poder afilarme esto?— preguntó.

—¿Por qué no?—respondí.

—Quedará bien afilado, que podréis cortar con él un cabello en el aire.

—Tanto mejor, me interesa que corte bien... ¿vais a hacerlo en seguida, en la calle?

—¿Tenéis miedo, señor, de que os robe el cuchillo? Son un afilador honrado; al punto voy a ponerme a la obra.

—No te pregunto cuanto costará—me gritó cuando salía, —pero compóntelas para que corte bien.

Al llegar abajo, el viejo cancerbero me abrió la puerta, me empujó fuera y cerró seguidamente. Tomé mi coche y me trasladé a la esquina de la calle con la mayor tranquilidad del mundo.

Después apreté a correr con todas mis fuerzas.

—¿Con qué objeto?—preguntó Sherlock Holmes;—¿por qué no devolviste el cuchillo al señor Blackwell?

—Porque me ha parecido —respondió Harry que os interesaría ver este objeto que tiene más bien el aspecto de una arma que de otra cosa.

Y el joven sacó del bolsillo un largo cuchillo-puñal.

Ved, señor Holmes, mirad la hoja con cuidado.

¿No tiene todavía una mancha de sangre y hasta un cabello?

El detective cogió el cuchillo, y examinó la hoja atentamente a la luz de la ventana con una lente.

—Sangre y un cabello, confirmó. Has tenido razón, muchacho, para traerme esta arma.

Es evidente que ese señor Blackwell reclama una atención particular. Pero como yo deseo conocerle un poco de cerca, iré a encontrarle esta misma noche. por el momento no hay más que aguardar.

Tan pronto como entro la noche, Sherlock Holmes se vistió miserablemente: un pantalón desgarrado, una levita vieja, un sombrero pasado de moda, una peluca entrecana, una barba corta y clara y una nariz de borracho.

Nadie en el mundo habría podido reconocerle.

Con aquel pelaje, el detective se trasladó al número 24 de la Dover-street.

Llamó, y como perro guardián se precipitó sobre él la vieja ama de llaves.

—¿Qué queréis?—preguntó con ronca voz.

—No se acaba hoy con todos esos pe-

lones, procurad desfilas cuanto antes.

—Querida señora—respondió Sherlock Holmes descubriéndose son humildad, —es necesario que hable al señor Blackwell para un asunto en extremo interesante. Decidle que soy el padre del afilador de cuchillos que ha venido hoy a su casa.

—¡Ah! entonces nos devolvéis el cuchillo que nos ha robado el pequeño ganapán.

—Para eso precisamente vengo, pero quisiera hablar al señor Blackwell en persona.

—Aguardad.

La puerta se volvió a cerrar en las narices de Sherlock Holmes, pero dos minutos después se abrió de nuevo y con gesto de disgusto el aya señaló al detective el primer piso.

Llegado a él, Sherlock Holmes vió entreabrirse una puerta y entró en una habitación, la misma en que Harry había sido recibido.

—¿Qué queréis, señor?—preguntó un hombre corpulento, de barba castaño claro, de ojos vivos e inquietos.

Sed breve.

Me habéis hecho decir que sois el padre del afilador a quien he confiado un cuchillo.

—S', desgraciadamente soy el padre de ese pillastre —respondió Sherlock Holmes con voz llorosa. Es una desgracia. El muchacho no sirve para nada. Es imposible hacerle trabajar honradamente.

¿Creeréis que el bandido ha vendido el cuchillo que le habías confiado por medio chelín a un judío, y que después se ha largado con el dinero?

De los labios de Blackwell se escapó un juramento.

—Así que en este caso no me resta sino pagaros el cuchillo—continuó Sherlock Holmes con lágrimas en los ojos, —y suplicaros que no presentéis demanda contra él, aunque no le sentaría mal a mi muchacho un poco de cárcel.

Y después, cuando menos, estaré tranquilo. Soy un pobre hombre, señor. Sed generoso para conmigo, señor. ¿Cuánto cuesta el cuchillo?

—Idos al diablo—murmuró Blackwell.

—¿Qué queréis que haga yo de unos cuantos chelines vuestros? Ese cuchillo era un recuerdo para mí y me era... muy útil... Procurad ahora marcharos de aquí.

—¡Ea! ¡afuera!—gruñó la vieja aya que había escuchado desde la puerta y



El detective pudo a duras penas suprimir un grito...

que abrió de par en par. Afuera, des-
arrapado, padre de ladrón. Bajad la es-
calera y salid de la casa.

—Ya me voy, ya me voy—murmuró
Sherlock Holmes gravándose en la ca-
beza la disposición exacta de los luga-
res.

Ya me voy, pero no es esa manera de
recibir a las gentes honradas y...

—Ni una palabra más—dijo Blackwell.

—Haly; acompañaile hasta la puerta a
fin de que no nos robe nada de la es-
calera.

Sherlock Holmes bajó la escalera re-
funfuñando.

En el momento en que la vieja Haly
iba a abrirle la puerta, llamaron dos
veces violentamente de la puerta de
afuera.

Haly abrió. Sherlock Holmes se apar-
tó rápidamente para dejar paso a una
señora bastante elegante con abrigo y
falda negras.

El detective pudo a duras penas re-
primir un grito de asombro... Era la se-
ñora Evelina Blunt.

La joven pasó rápidamente delante de
él y preguntó:

—¿Está en casa mi primo Charlie?

—Sí, señora, tened la bondad de en-

trar en el salón; voy a llamarle al mo-
mento.

Mientras hablaba la vieja aya abrió
una puerta del piso bajo por la que hi-
zo pasar a la señora Evelina.

Después se volvió con aire furioso
hacia Sherlock Holmes.

—¿Qué es lo que esperáis todavía ahí
papando moscas? ¡Miráis probable-
mente cómo podríais utilizar el porta-
monedas de esta señora? Vamos, pro-
curad marcharos deprisa.

—Especie de vieja demonio — gritó
Sherlock Holmes lanzándose en la ca-
lle.

No fué lejos; al llegar a la vuelta se
detuvo con los ojos fijos en la puerta
de la casa.

—Así, pues, la mujer de ese pobre
Blunt, el desgracado detenido hoy viene
a visitar a ese señor Blackwell—
murmuró el detective.—Y ese Blackwell,
no es otro que el primo de quien ella
se queja delante de mí, el que el mis-
mo día de la desaparición misteriosa de
Blunt le anunció que había visto a su
marido descender de un coche con una
señora de cabellos negros. Y este ca-
rruaje que llevaba el número 2730 per-
tenece al mismo Blackwell.

Pero todo esto se relaciona perfectamente y podría concebir ciertas sospechas contra la señora Evelina.

¿No estaría en convivencia con su primo, al que pretende no poder soportar?

¿No habría participado ella en el crimen para deshacerse de su marido?

Pronto, no obstante, rechazó Sherlock Holmes aquellas sospechas.

—Del hecho de haber encontrado a la joven en aquella casa—se dijo,—no puedo deducir su culpabilidad. Esperemos solamente a ver cómo se justifica de su presencia en casa de Blackwell.

Sherlock Holmes no tuvo que aguardar mucho tiempo.

Al cabo de un cuarto de hora, Evelina reapareció en la calle y comenzó a andar precisamente en dirección del detective.

Este, en el momento en que volvía la esquina de la calle la llamó en voz baja.

—Señora Blunt, señora Blunt.

La joven sorprendida, se detuvo, pero al ver no lejos de ella a un hombre de miserable aspecto con nariz de borracho, continuó su camino sin responder.

—Deteneos, señora Blunt—prosiguió Sherlock Holmes—. Soy... un amigo... Sherlock Holmes.

—¡Dios del cielo! Ahora os reconozco por el timbre de la voz. ¿Pero qué traje lleváis? ¿Me habéis seguido?

—No, solamente he visitado a Blackwell.

Respondedme sinceramente, señora Evelina; ¿qué ibáis a hacer no ha mucho a casa de vuestro primo?

Las lágrimas brillaron en los ojos de la joven.

—Voy a decíroslo, Sherlock Holmes, aunque me cause un poco de vergüenza.

Después de nuestra conversación de hoy no podía librarme de la odiosa sospecha contra mi marido, y a mi pesar, osé todavía mi primo decirme que había visto a mi esposo bajar de un coche en compañía de una mujer encantadora.

—Pues bien... ¿qué os ha respondido?

—Ha sostenido lo que había dicho ya... ¡Oh! y yo temo mucho que haya dicho la verdad.

Sherlock Holmes consoló a la desgraciada Evelina lo mejor que pudo.

Después le suplicó que se retirara a su casa y que no volviese, hasta nueva orden, bajo ningún pretexto, al domicilio de su primo.

—Decidme—añadió,—¿en qué se ocupa vuestro primo Charlie? ¿De qué vive?

No lo sé, pero su padre murió hace algunos años y le dejó una fortuna bastante bonita; acaso vive de sus rentas.

Y con eso Evelina se despidió del detective y pronto desapareció en la obscuridad de la noche.

CAPITULO V

UNA CASA INHABITADA

Sherlock Holmes continuó su inspección en la esquina de la Dover-street, y esta vez su paciencia fué sometida a larga prueba.

A las diez y veintinueve, Sherlock Holmes consultó su reloj. En aquel momento un hombre al que todavía no había visto, se deslizó fuera de la casa.

Aquel individuo, como los pescadores del Támesis, llevaba grandes botas y pantalón flotante, americana ancha y en su cabeza un casquete redondo.

Sherlock Holmes no podía distinguir su rostro, pero sin embargo, no dudó un instante de que fuese Blackwell, pues le había quedado muy presente la

silueta del misterioso primo de la señora Evelina Blunt.

Se puso a seguirle a distancia, pero de manera que no le perdiese de vista. Por el momento, era cosa fácil. La gente que había en las calles permitía recatarse bien.

Pero el detective, mientras andaba, se decía que aquella persecución no podía continuar siempre así. Le era preciso metamorfosearse a fin de poder afrontar las miradas del primo Blackwell.

No tenía tiempo para volver a su casa y debía operar sin interrumpir la marcha.

Desvióse un poco en una obscura ca-

llejuela, se quitó la peluca que se guardó en el bolsillo, hizo lo mismo con la barba postiza y, con el pañuelo, se quitó los aceites que enrojecían su rostro y le daban el aspecto de un borracho. No era suficiente aquello. Quería transformarse de tal suerte, que Blackwell no pudiese en modo alguno reconocerle.

La casualidad le favoreció. De repente se cruzó con un señor que llevaba un largo y elegante abrigo y un sombrero de copa.

—Sois vos, señor Carr? — murmuró Sherlock Holmes.—¿Estáis de caza?

—No, esta noche tengo licencia y voy al club—respondió el señor elegante.

—Entonces tened la amabilidad de prestarme vuestro abrigo y vuestro sombrero. Pronto, pronto, tengo prisa; en cambio, tomad mis prendas.

—Pero permitid, me aguardan en el club.

—¡Voto a San! ¿Sois un detective del barrio central y no queréis ayudarme? ¿Qué dirían vuestros superiores si se enteran de ello? Por lo demás, estoy dispuesto a prestaros más tarde el mismo servicio y a daros un golpe de mano si os encontráis en un apuro.

En un abrir y cerrar de ojos, convencido el señor Carr, se quitó el abrigo que Sherlock Holmes se puso inmediatamente; lo propio hicieron con los sombreros.

Toda esa operación había exigido dos minutos. Era preciso recuperarlos, y Sherlock Holmes comenzó a caminar con largas zancadas y bien pronto sus ojos penetrantes distinguieron a Blackwell que tranquilamente proseguía su camino. Ya no temía ser reconocido. Con su largo abrigo y su sombrero de copa, tenía el aspecto de un comerciante acomodado que ha terminado sus negocios.

El itinerario que seguía Blackwell parecía deber llevar lejos.

Había atravesado ya la Blue-Auchon-Road, después el Southwark-Park, y entonces se internaba en la Deplford-Road.

Allí comenzaba el barrio de calles más o menos largas que se cruzan en las cercanías del Tamesis y de los docks y en las que están establecidas las oficinas de los corredores de mercancías, de los armadores, así como los grandes almacenes de las casas de exportación.

De repente, Sherlock Holmes vió desaparecer en una casa al hombre que seguía.

No creyó conveniente entrar después de él. No podía saber por quién estaba habitada la casa. Así se limitó a vigilar el inmueble desde el exterior.

Como casi todas las viviendas de la Deplford-Road, aquella tenía una fachada muy estrecha. Constaba de dos pisos, cada uno con tres ventanas que daban a la calle.

Ninguna de las ventanas estaba iluminada, y el conjunto del edificio producía la impresión de un completo abandono. Sherlock Holmes reflexionaba.

Necesitaba absolutamente pedir noticias acerca de los inquilinos del inmueble.

Sólo de aquella manera podía esperar conocer a quién iba a visitar a aquel hombre a hora tan avanzada. Eran ya las once de la noche.

La mayor parte de las casas circunvecinas estaban ocupadas por oficinas o almacenes, cerrados a aquella hora.

A unos cincuenta pasos brillaba un farol verde a la entrada de una taberna de marineros pero no sabría seguramente la verdad, aún admitiendo que quisieran dar algunas indicaciones.

—No tengo otra solución. Es preciso entrar—se dijo finalmente Sherlock Holmes—; es preciso que me dé cuenta por mis ojos de lo que se lleva entre manos en esa casa.

El detective desanduvo lo andado y luego se volvió, y creyendo que nadie le observaba desde las ventanas siempre oscuras, atravesó la calle y llegó a lo largo de las paredes hasta la puerta que no estaba cerrada.

La empujó lo necesario justamente para poder pasar y se deslizó en el corredor.

Estaba en completa obscuridad y no llevaba su linterna sorda. Por fortuna, encontró cerillas en uno de los bolsillos del abrigo del detective Carr. Eran cerillas-bujías que pueden arder durante cinco minutos.

En seguida Sherlock Holmes encendió una, y a su luz distinguió una escalera de madera que conducía al piso superior. Aparte de esto, el corredor estaba completamente vacío, no se veía más que las paredes desnudas.

El detective se internó entonces en la escalera que subió sin el menor ruido.

A la luz de la cerilla-bujía distinguió algunas puertas abiertas que daban a cuartos absolutamente vacíos.

De las paredes de los cuartos caían a girones los papeles, los muros chorreaban de humedad, los suelos estaban en pésimo estado

—¡Ah! Una casa deshabitada—se dijo el detective. Es preciso que Blackwell haya tenido una razón completamente particular para venir a ella.

¿Pero, en dónde está? ¿Habrá subido al piso superior? Veámoslo.

Al segundo piso se llegaba por una escalera muy estrecha, una especie de escala que terminaba en una puerta abierta.

Sherlock Holmes echó una mirada a una vasta pieza que estaba ante él. Blackwell no estaba allí.

Al bajar de nuevo al primero, el detective percibió al detenerse un momento, un ruido extraño como un rumor de agua.

—El Támesis—murmuró—. El lado opuesto de la casa da al río.

Una sonrisa iluminó entonces su energético e inteligente rostro.

Después entró en uno de los cuartos de la parte posterior y se acercó a una ventana abierta de par en par.

La cerilla se había apagado. Tuvo la precaución de no tirar el cabo a fin de no dejar huellas de su paso, y se la guardó en el bolsillo.

La luna, por otra parte, iluminaba débil pero suficientemente, e inclinándose por la ventana distinguió precisamente debajo de él las olas del Támesis.

Al propio tiempo hizo una observación importante. En el apoyo de la ventana estaba sujeta una escala de cuerda que caía en la superficie del agua.

—Por ahí es por donde ha marchado Blackwell—se dijo el detective—. Como verosímilmente no ha saltado al agua, debía esperarle un buque al pie de la casa.

¡Diablo! Esto es digno de atención. Un hombre que comienza un paseo de una manera tan misteriosa, debe tener asuntos muy importantes en el río y motivos para no querer ser visto.

Pero para poder seguir la pista de los misteriosos manejos de este individuo es absolutamente preciso que yo permanezca aquí hasta que vuelva.

Sin ninguna duda a su regreso atardará aquí con su buque y subirá a la casa por la escala de cuerda.

Pero todo esto durará mucho tiempo.

Blackwell puede permanecer fuera toda la noche o regresar en breve plazo. De todos modos es preciso que advierta a Hary.

Sherlock Holmes salió entonces de la casa y corrió a todas piernas a una estación telegráfica que había, que de paso había visto en una callejuela que daba a la Deptford-Road.

Entró en ella y envió el siguiente telegrama:

Sherlock Holmes, Victoria-street. Hary venir Deptford-Road. Casa con tres cruces a veinte pasos del pasaje Remington. Aguarde ante puerta a izquierda y en frente hasta que vuelva o envíe otros informes.

Seguidamente el detective cometió un pequeño latrocinio.

En el pupitre detrás del cual estaba el empleado del telégrafo había un lápiz rojo.

Con disimulo Sherlock Holmes lo hizo desaparecer metiéndoselo en el bolsillo y después se despidió del empleado.

En cuanto llegó ante la puerta de la casa abandonada, dibujó en la pared a la izquierda de la puerta de entrada tres grandes cruces con lápiz rojo.

Entró después en la casa y se dispuso a pasar la noche en ella.

Ante todo encendió una cerilla y alumbró la pieza en que se encontraba.

Tuvo la precaución de no permanecer de pie, sino de rodillas, a fin de que la luz no pudiera ser vista desde la corriente del río.

Entonces descubrió en un rincón de la pieza una gran caja. Como no tenía ganas de permanecer en pie toda la noche, se acomodó sobre aquel asiento de nuevo género.

A su lado se puso el revólver cargado, con sus seis tiros.

Tenía además otra arma: el cuchillo que Harry había robado a Blackwell.

—No estará de más tenerlo al alcance de la mano—se dijo.

Y lo clavó en la caja a su lado de modo que pudiera empuñarlo a la menor alarma. Dos horas transcurieron así.

Sherlock Holmes estaba apoyado en la pared y prestaba atención a los menores ruidos.

Pero aparte de algunas ratas curiosas que se arriesgaron suera de sus escondrijos, no oyó nada más que el chapoteo monótono de las olas del Támesis, cuyas aguas corrían bajo la ventana.

De vez en cuando las nubes que pasaban delante de la luna interceptaban los débiles rayos que dejaba caer sobre la habitación.

Sherlock Holmes sintió que le vencía el sueño, y mientras que esperaba poder resistir todavía, sus ojos se cerraron

súbitamente y—cosa que nunca le había ocurrido cuando estaba de caza—se quedó dormido.

La luna, que acababa de rasgar las nubes, iluminaba con sus pálidos rayos la cabeza del detective apoyada en la pared y hacía resaltar los rayos acentuados de su enérgica fisonomía.

CAPITULO VI

EL CUCHILLO

—¡Eh, camarada! ¿Habéis bebido demasiado ginebra, que dormís ahí como marinero que ha encontrado de nuevo su hamaca después de siete noches pasadas en tierra?

Sherlock Holmes se despertó sobresaltado al oír una voz ruda que resonaba en sus oídos.

Sin moverse aún abrió los ojos.

Sus miradas se fijaron en un hombre fornido, de anchas espaldas que iba vestido aproximadamente como Blackwell al salir de su casa, con la diferencia de que llevaba un gran sombrero blando.

El rostro de aquél hombre, en tanto era posible distinguirlo a la pálida claridad de la luna, estaba fuertemente picado de viruelas, la nariz ancha y aplastada, los pómulos salientes.

En una palabra, el conjunto del individuo tenía de todo menos de seductor.

¡Ah! ¿Estás de facción aquí?—continuó el hombre o bien el «Boss» (1)—. ¿O te han encargado otra cosa?

Sherlock Holmes respondió sin vacilar:

—El «Boss» ha marchado con el bote, espero que regrese.

—Así para largo va la espera. ¿No sabes que el «Boss» se quedará tres días allí? Hay importantes asuntos que arreglar. Yo también voy. ¿Vienes conmigo?

—Sí a fe. Ya me había preguntado, por lo demás, si no sería mejor ir.

De momento, el detective no tenía idea alguna de lo que significaba aquel «allí», pero tenía cuidado de responder

(1) «Boss», expresión en uso en Inglaterra y América para designar al jefe.

de manera tal que su compañero no pudiera concebir la menor sospecha.

—De todos modos es sorprendente que no nos hayamos encontrado todavía—continuó el hombre de anchas espaldas.—¿Desde cuándo formas parte de la cuadrilla?

—¿Yo? ¡Oh! Desde hace ya mucho tiempo. Yo te conozco muy bien y te he visto más de una vez.

—Es fuerte cosa que yo no pueda recordar tu facha. Pero es cierto que todos conocen al «Decalvado».

Y hablando de aquella suerte se quitó el sombrero y Sherlock Holmes comprendió por qué llevaba el nombre de «Decalvado».

Lo había sido realmente.

Ningún cabello brotaba sobre la piel de su cráneo y ésta—un inteligente como Sherlock Holmes no podía engañarse—tenía algo de ficticio, como si hubiera vuelto a brotar después.

El hombre había permanecido probablemente mucho tiempo en el Far-West americano. Allí cayó en manos de los indios que le habían decalvado. Fué salvado a tiempo por unos blancos que le curaron su terrible herida.

—Puedes, por lo demás, darte por dichoso de que haya visto el cuchillo a tu lado—añadió el «Decalvado», señalando el arma que estaba clavada en la caja. Si no llego a verlo te dejo inmediatamente seco.

—Eso exactamente habría hecho yo si hubiese encontrado a alguien dormido sobre la caja, que no hubiera probado por señales externas que era de los nuestros—respondió Sherlock Holmes con la mayor sangre fría—. Pero cuando en manos de alguien se ve el cuchillo,

inmediatamente sabe uno con quien trata.

—Naturalmente—dijo riendo el «Decalvado», esa es una de nuestras señales de reconocimiento. Al verlo cerca de ti, al momento he comprendido que pertenecías a los Piratas del Támesis.

Reprimiéndose, Sherlock Holmes no pudo por menos de hacer crujir las articulaciones de sus dedos; de tal suerte estaba contento.

El «Decalvado» era, pues, de aquella terrible asociación que desde tanto tiempo hacía tenía en jaque a la policía de Londres, y cuya existencia desgraciadamente era bien conocida, pero nada más.

La casualidad le había servido maravillosamente y le había hecho descubrir una magnífica pista.

Blackwell era también evidentemente un Pirata del Támesis y acaso... no, seguramente, era el «Boss», el jefe de la cuadrilla.

Entre tanto, el «Decalvado» se había dirigido a la ventana mientras Sherlock Holmes se metía en el bolsillo el revolver y el cuchillo.

Con gran asombro vió el detective cómo su compañero franqueaba la baranda de la ventana y comenzaba a bajar por la escala de cuerda.

—¿Pero a dónde va?—pensaba el detective—. Si no se ve barca alguna. Y sin embargo, no puede saltar al Támesis.

Y como habría sido peligroso formular una pregunta, cuya sencillez hubiera podido hacerle traición, siguió dócilmente al «Decalvado».

—Aguarda un poco, voy a adelantar un bote—dijo cuando hubo llegado muy cerca de la superficie del agua.

Después, agarrándose con una mano a la escala, se inclinó profundamente, y con gran asombro de Sherlock Holmes, hizo salir un bote de un garaje disimulado debajo de la casa.

Aquel inmueble de la Deptford-Road estaba edificado como los palacios y las casas que bordean el Canal o los otros canales de Venecia.

Bajo una bóveda encima de la cual se eleva la construcción, se balanceaban en la superficie del agua los buques de que se servían los habitantes de la casa.

El «Decalvado» embarcó primero. Siguió Sherlock Holmes y se sentaron uno frente a otro.

—Y ahora, adelante siempre, camara-

da—exclamó el «Decalvado». Vas a remar y yo llevaré el timón. Procura remar de firme para que lleguemos a la isla en menos de media hora.

¡A la «Isla»!

Los datos eran cada vez más interesantes.

Entonces ya sabía el detective que la madriguera de los piratas estaba en una isla situada probablemente en la embocadura del Támesis.

Había allí, en efecto, hacia aquel lado pequeños rincones de tierra completamente incultos en los cuales no brotaba por toda vegetación más que zarzas silvestres y que estaban absolutamente inhabitados.

Ni siquiera los más pobres de entre los pobres de Londres, y es sabido que la gran capital no carece de ellos, habrían querido establecerse en aquellas islas, por la sencilla razón de que están inundadas durante una parte del año.

Sherlock Holmes remaba con vigor; la canoa volaba sobre las olas del Támesis y el «Decalvado» la dirigía en realidad hacia el lado de la embocadura del río.

—¿Hace mucho tiempo que no has estado en la isla?—preguntó el «Decalvado» que acababa de encender una pipa de cortas dimensiones.

Afortunadamente, sin aguardar respuesta continuó:

—Yo hace más de dos meses que no he puesto los pies en ella [Tú no lo sabes; pues bien, he estado a la sombra.

—¿Acaso los «gorriones» te atrapan?—dijo riendo Sherlock Holmes—. Me parece recordar haber oído a Blackwell hablar de ello.

—Es posible, pero me sorprendería que Blackwell se hubiese enterado. Fué por una tontuna. Me dejé ir en una taberna a una discusión con un marinero cuya facha no me agradaba. Le rompí en la cabeza una garrafa de cerveza. El buen hombre se desplomó como un buey en el matadero. Entonces me metieron en *Chirona* durante dos meses. ¿Habéis hecho negocios durante ese tiempo?

—¡Ah, sí! Excelentes negocios—respondió Sherlock Holmes—. No es eso lo que nos falta a nosotros los Piratas del Támesis.

—Es verdad—dijo el «Decalvado». Ese Blackwell es el mismo demonio. Tiene olfato para descubrir el oro. ¡Y



Seguidamente el detective se arrojó sobre el ..

cuán hábil es para atraer a las gentes a las orillas del Támesis o para animarles a hacer un paseo en bote! Una vez los tiene en el río es como si estuvieran en la isla. Sólo hay un punto acerca del cual no soy de su parecer.

—¿Cuál, pues?—preguntó el detective.

—Su jugarreta con las agujas.

En aquel momento los remos azotaron el agua con golpes más precipitados y la canoa osciló ligeramente.

Pero el detective se repuso y respondió:

—¿Te parece que Blackwell hace mal en introducir una aguja en el cerebro de sus víctimas para que ya no puedan cantar?

—Sí, esa es realmente mi opinión—respondió con calma el «Decalvado»—. Es una horrorosa tortura que se les inflige y a más el procedimiento no es absolutamente seguro.

—Si alguna vez uno de los que soltamos en las calles de Londres recobrarse la razón, todos estaríamos perdidos para siempre.

—No importa—replicó el «Decalvado»; en cuanto a mí preferiría en-

friarles. Una buena cuerda alrededor del cuello, bien apretada, después un chapuzón en el Támesis y... ¡salud! Eso sería mucho más seguro.

—¿Y sabes tú por qué Blackwell no mata así a sus víctimas?

—Es sencillamente por darse importancia—replicó el bandido—. Quiere que las imaginaciones trabajen en Londres, y que haya quien se rompa la cabeza en adivinar de dónde pueden provenir esos insensatos. Se muere de risa pensando en la policía que no llega a explicarse la locura de esas gentes. Hasta ahora nadie ha podido adivinar todavía de qué manera han sido privados de razón. Pero ¡saprísti!, ya se distingue la isla allá abajo. Muchacho, has remado como el diablo en persona. ¿Pero, cómo te llamas? Debo confesarte qué no sé tu nombre.

Sherlock Holmes había ya previsto la pregunta y respondió sin vacilar.

—Yo me llamo Mano de Hierro.

El detective, no obstante, pensaba en aquel mismo momento que ya era tiempo de obrar.

No podía abordar en la isla al mismo tiempo que su compañero.

¿Cómo desembarazarse de él?

Sólo había un procedimiento: reducirle a la mudez y ponerle en la imposibilidad de abandonar el bote.

En aquel momento se encontraba a un cuarto de milla de la isla, que emergía misteriosamente de la niebla bastante densa que se elevaba del Támesis.

—¡Voto a bríos!—exclamó de repente Sherlock Holmes, sacando uno de sus remos fuera del agua y levantándolo—. Creo que mi remo se ha roto; la corriente es en extremo fuerte por aquí.

—¿Roto?—preguntó su compañero inclinándose sobre la borda para ver mejor—. ¿Roto, Mano de Hierro? Pero no veo nada de eso.

El «Decalvado» no dijo más, pero lanzó un grito sordo.

Con la rapidez del rayo, Sherlock Holmes se había levantado y había aplicado con todas sus fuerzas un formidable golpe de remo en la cabeza del pirata, que cayó derribado sin conocimiento en el fondo de la canoa.

Seguidamente el detective se arrojó sobre él; atóle las manos y los pies y le introdujo en la boca un pañuelo a guisa de mordaza.

Sherlock Holmes resolvió tomar tierra en la isla, en un sitio cualquiera donde las zarzas le permitieran ocultarse.

Pero ante todo era menester comenzar por aproximarse.

Volvió, pues, a remar. Lentamente y en silencio avanzó la canoa. Sherlock Holmes conocía a maravilla el procedimiento en uso entre los Pieleros Rojas del Far-West: atacar el agua con los remos y levantarlos en seguida sin que se produzca el menor ruido.

Así llegó hasta 200 yardas de la isla. Ya podía distinguir no pocos detalles. Observó especialmente una casa que parecía edificada sobre estacas. Se elevaba sobre la orilla del río y descansaba sobre una especie de andamiaje que debía permitirle en el momento de las crecidas del Támesis, en primavera y otoño, permanecer sobre la superficie del agua.

La casa tenía dos ventanas que caían sobre la embocadura del Támesis. De momento no se veía ninguna luz ni se distinguía a nadie en la isla.

No obstante todo aquello, Sherlock Holmes juzgó prudente alejarse todo lo posible de la casa y dió al bote una fuerte impulsión hacia la izquierda.

De repente el experto oído del detective percibió un ligero ruido.

Miró hacia lo alto y vió que una de las ventanas de la casa se había abierto y que un hombre con barba gris y aspecto salvaje, se inclinaba hacia fuera con la carabina en la mano.

—¡La palabra de paso!... ¡La palabra de paso!—gritó el hombre de la ventana a Sherlock Holmes.

—¡Diablo!—pensó el detective—no sabía que el que quiere acercarse a la isla debe poseer una misteriosa palabra de paso. Si lo hubiese adivinado más pronto, acaso habría obligado al «Decalvado» a dármele bajo amenaza de muerte. Entonces era demasiado tarde, naturalmente.

Sherlock Holmes sin vacilar, levantó en alto su mano armada del cuchillo.

—He aquí la palabra de paso. ¡Por vida de Dios!... Dos meses ha que no he estado en la isla porque estaba bajo llave... ¿Es que ya no me reconoces?... Yo soy el «Decalvado».

Sherlock Holmes esperaba que gracias a la obscuridad y a la niebla, no se le podría reconocer.

Pero algunos instantes después debió darse cuenta de que los Piratas del Támesis eran gente avisada y sabían precaverse de las sorpresas.

Del tejado de la casa partió súbitamente un haz luminoso que proyectó sobre la superficie del agua una deslumbradora claridad.

Como por encanto Sherlock Holmes se vió inundado de luz.

Desde aquel momento no podía salvarse si no por una rápida huida.

Sin vacilar se sentó de nuevo sobre el banco, y con un vigoroso golpe de remo dió media vuelta.

Después se tendió sobre los remos, y con sus nervudos brazos hizo volar la canoa.

Retumbaron disparos y las balas silbaron en sus oídos.

Al propio tiempo, el detective oyó el ruido de una campana de alarma. Tuvo que reconocer que aquella señal nada bueno presagiaba para él. A fin de librarse de las balas en la medida de lo posible, arrancó rápidamente el banco de su emplazamiento, lo arrojó al mar y se sentó sobre el fondo mismo de la nave.

Estaba ya a cerca de quinientos pasos distante de la isla, cuando oyó el ruido de una voz detrás de sí y dis-

tinguió estas palabras pronunciadas con tono de mando:

—¡Es un espía! Hay que apoderarse de él. ¡Adelante! ¡Aplastemos a esa gentuza!

Las penetrantes miradas del detective vieron a través de la niebla, y lo que distinguieron era realmente de naturaleza a poner los cabellos de punta. Toda una flotilla, catorce canoas, remaban a toda fuerza y no se encontraban separadas de él más que por unas cien yardas.

Los Piratas del Támesis le daban caza.

En la popa de la embarcación más próxima permanecía en pie un hombre, revólver en mano, y aquel hombre... no era otro sino Blackwell, el jefe de los Piratas.

—Esto es serio—se dijo Sherlock Holmes—. Si caigo en manos de esos bandidos, la muerte que me espera será la de ese desdichado de la West-Ferry-Road. Londres sabrá el mejor día que su Sherlock Holmes ha sido encontrado errante en las calles privado de razón.

Verdaderamente, no veo cómo salir del paso.

En aquel momento un ruido particular hirió los oídos del detective.

Era como el silbido de poderosos chorros de vapor escapándose por estrechas válvulas.

—¡Un vapor en las cercanías! —exclamó Sherlock Holmes.—¡Ah! está allí bajo. Un gran vapor que desciende el Támesis para ganar la alta mar... Si puedo aguardarle, estoy salvado, y lo estaré también si consigo llamar la atención de la gente de a bordo.

Aquella esperanza decupló sus fuerzas. Al impulso de poderosos y rápidos golpes de remo, la ligera embarcación saltaba sobre las olas.

Pero los Piratas del Támesis habían observado también el vapor y redoblaron la energía para no dejar escapar aquella presa que parecía estar casi en su mano.

—¡Remad muchachos! ¡Remad! —gritaba Blackwell.—En este momento nos jugamos el todo por el todo, y se acabó el secreto de nuestra isla si no le damos caza... ¿Tenéis ganas de pasar en las colonias el resto de vuestros días?... ¿Pues, a pescarle, ¡adelante!

Medio minuto más tarde, la canoa que montaba Blackwell se encontraba a

poca distancia de la de Sherlock Holmes.

—¡Qué el diablo se lleve tu alma, espía!—gritó Blackwell y descargó tres veces su revólver.

Pero el detective se había acostado en el fondo de la embarcación y las balas volaron por encima de él.

—¡Ahora me toca a mí! —exclamó Sherlock Holmes que se había arrodillado y apuntaba con su revólver.—Ahora, Blackwell, te voy a arreglar tus cuentas.

Las embarcaciones se tocaban casi; el detective tenía seguridad en su puntería. Por otra parte, el vapor se había aproximado al alcance de la voz.

Y ya Sherlock Holmes apoyaba el dedo en el gatillo de su revólver, cuando... dos brazos de hierro cayeron sobre él de repente, estrechándole con una fuerza irresistible. Al mismo tiempo, dos hileras de dientes se hundieron como los de una fiera en su nuca.

Bajo la impresión de aquel mordisco salvaje, Sherlock Holmes no pudo reprimir un grito de dolor.

Fué el último que lanzó.

Irresistiblemente se sintió arrastrado hacia atrás; una rodilla pesada se apoyó en su pecho al mismo tiempo que una mano de hierro le cogía por la garganta.

El pirata que había quedado oculto en el fondo de la canoa, había conseguido desembarazarse de sus ligaduras, y él era quien en el último momento había salvado a Blackwell.

—¡Ya le tengo, capitán! ¡Ya le tengo!—gritó a Blackwell.

Ya es mío este sabueso de la policía a quien he revelado el secreto de la isla cual si yo estuviera ciego, continuó el bandido.

—¡Qué el infierno te trague, animal! —aulló Blackwell.—Y menos mal que has reparado la torpeza, pues lo has atrapado como un perro de presa... Ahí van cuerdas; átale de pies y manos... Aguarda, ya te van a ayudar... A mí las canoas... Dos hombres al barco de «Decalvado». Llevad a ese miserable a la isla. Allí se le juzgará.

Mientras los piratas del Támesis se arrojaban sobre Sherlock Holmes y le ataban manos y pies, el vapor pasaba no lejos de allí.

La única esperanza de salvación del detective se perdió en la niebla de la noche.

CAPITULO VII

LAS AGUJAS INCANDESCENTES

Sherlock Holmes se encontraba en la guarida de los Piratas del Tamesis.

Se le había libertado de sus ligaduras. Allí no había posibilidad de que se escapara. Se le había conducido a una gran pieza cuadrada que tenía todo el aspecto de una caverna de bandidos.

En la sala reinaba el mayor desorden; allí se encontraban amontonadas mercancías de todas especies que provenían evidentemente de pillajes. En cajas y en fardos todavía llenos se podía distinguir marcas que indicaban claramente en qué buque y en qué depósitos habían sido cometidos los robos.

En medio de la pieza, una gran mesa de madera, cubierta todavía con los restos de una abundante comida. Un montón de botellas de aguardiente, vacías, atestiguaban que los Piratas del Tamesis en el momento en que Sherlock Holmes había provocado la alarma, estaban de francachela.

El detective contó friamente el número de personas presentes. Había en total veintiocho hombres de aspecto nada tranquilizador.

Reconoció un buen número de ellos por haberles visto ya en el curso de sus operaciones en Londres. No receló que el conocimiento fuera recíproco, pues no había operado jamás sin caracterizarse el rostro y estar completamente disfrazado.

Por lo demás, se tranquilizó pronto respecto a este particular al ver que los asesinos no le conocían. Sin eso, hubieran lanzado rugidos de triunfo a la sola idea de tener entre sus manos al adversario más temible de los criminales de Londres. Y verdaderamente Sherlock Holmes no se preocupaba de proporcionarles aquel triunfo.

—Voy a irme al otro mundo—se decía, —sin que sepan quién soy yo.

Entonces hizo su entrada Blackwell. Sus hombres le saludaron con aclamaciones. Sin que pareciera prestar atención a ellos, el jefe se sentó junto a la mesa.

—Que me traigan a ese perro—ordenó

designando a Sherlock Holmes.—No será largo el asunto. No obstante, yo querría saber primeramente quién ha podido ponerle sobre nuestras huellas. Preciso es que por alguno de nosotros haya sabido que la casa inhabitada de Deptford-Road nos sirve de embarcadero.

El «Decalvado» asió a Sherlock Holmes por la nuca y lo empujó hacia adelante de un puntapié que le hizo vacilar.

El detective se detuvo a algunos pasos de Blackwell.

—¡Eh! tú, ¿quién eres?—preguntó el jefe de los piratas examinando de pies a cabeza a Sherlock Holmes a quien se había despojado de su abrigo, de su americana y de su chaleco.—Yo te conozco.

—¡Tanto mejor!—respondió tranquilamente el detective—. Así no tendré necesidad de hacer mi presentación.

Blackwell se mordió los labios.

No sospechaba, naturalmente, la identidad de su prisionero, que había querido llevarle a declarar su nombre.

—¿Eres un espía de la policía?—repuso el pirata.

—¿Yo?—respondió Sherlock Holmes riendo.—Yo no tengo nada de común con la policía. Pero estoy viendo que sois gente que no entendéis gran cosa de negocios... Yo venía a encontraros en vuestra isla para proponeros una combinación lucrativa.

—¡Mientes!—exclamó Blackwell.—¿Por qué entonces has atacado y atado al «Decalvado»?

Porque no tenía confianza en él. Estaba persuadido de que era un espía, y entonces le he puesto en condiciones de que no pudiera perjudicar.

—No esperes disculparte con esas mentiras—repuso el pirata.—Tú me has apuntado el revólver y esperabas matarme. No es así como procede quien viene a encontrarnos para proponernos un negocio.

Te prevengo que voy a contar hasta tres y que si en el entretanto no me has dicho tu nombre y con qué objeto

has venido aquí, te mato como a un perro rabioso.

Blackwell había sacado su revólver y lo tenía apuntando sobre Sherlock Holmes.

—¡Un! ¡Dos! ¡Tres!—contó el pirata;—después, furioso, tiró el revólver sobre la mesa.

El detective no había pestañeado y, tranquilo, había continuado con los ojos fijos en Blackwell, persuadido como estaba de que al último no le haría morir así.

—He reflexionado—dijo entonces el jefe de los piratas—que esta muerte sería demasiado rápida para tí. Se requiere un ejemplo.

Escuchadme, amigos. Tengo una proposición que haceros.

—¡Silencio! ¡Silencio! El jefe va a hablar—gritaron los Piratas del Támesis agrupándose alrededor de la mesa.

—Este espía quería traicionarnos—dijo Blackwell.—Pues bien, seremos grandes y guerreros y le devolveremos la libertad.

—Pero—añadió con una sonrisa cruel, —no sin antes haberle hecho comprender y metido bien en la cabeza los inconvenientes que tiene el acercarse mucho a nosotros.

Una agujita en el cerebro y estará hecha la cosa. Perderá así todo recuerdo de su calaverada nocturna.

Seguidamente se le llevará completamente desnudo esta misma noche a Londres, pero sobre el pecho se le imprimirá con un hierro caliente esta advertencia: «He aquí la suerte que aguarda a todo sabueso de la policía.»

Estas palabras desencadenaron una tempestad de aplausos.

—¡Viva Blackwell! ¡Viva el Boss!—gritaron los Piratas del Támesis.—¡Las agujas para el espía! ¡Qué se le destruya el cerebro!

—Atadle sólidamente a una silla—ordenó Blackwell.

Diez piratas se arrojaron en seguida sobre Sherlock Holmes que no opuso la menor resistencia, comprendiendo que sólo serviría para hacerle perder fuerzas.

No había ninguna esperanza de escapar de aquella habitación.

Todos los ojos estaban fijos en él; ninguno de sus movimientos pasaba inadvertido.

El detective fué sentado sobre una

silla. Seguidamente, se le puso una fuerte correa alrededor del pecho y de los brazos sujetándole sólidamente al respaldo de la silla, mientras que con otra correa se le ataba al asiento de la misma.

—¡Un triste fin!—se decía Sherlock Holmes. Pero... yo he cumplido con mi deber. Quería limpiar la población de Londres de esos miserables... He fracasado; pero muero en el campo de batalla.

Mientras, uno de los piratas había puesto sobre la mesa un platillo de metal en el cual vertió espíritu de vino que encendió.

Por otra parte, el «Decalvado» cuyo rostro irradiaba de alegría, había traído y puesto cerca de Sherlock Holmes una cajita que abrió.

El detective miró de reojo y vió el contenido: eran agujas de diferentes tamaños, todas en extremo delgadas y puntiagudas.

—Id, amigos míos—dijo Blackwell—. Calentad las agujas al rojo blanco... Yo mismo tendré el honor de operar.

¡Ah! ¡ah! perro espía, dentro de dos minutos ya no sabrás siquiera quién eres.

Ya no serás un hombre, sino una bestia que pronunciará sonidos inarticulados y que andará con cuatro patas.

—Sí; pero la horca te espera—respondió Sherlock Holmes con voz firme y mirando fijamente al pirata.

Cuando tengas la cuerda al cuello, no te olvides de pensar en mí.

Pero estas palabras del detective no tuvieron más eco que las risas desdeñosas de los circunstantes.

El «Decalvado» volvía y revolvía la aguja en medio de la llama azulada, y al cabo de algunos minutos gritó:

—Está enrojecida al blanco... Ahora, capitán, métale esto en el cráneo.

Blackwell cogió la aguja con un rápido movimiento. Apoyó la mano izquierda vigorosamente en la nuca de Sherlock Holmes obligándole a inclinar la cabeza hacia adelante, y con la mano derecha aproximó la aguja.

El detective apretaba los dientes.

No, no quería dar a aquellos miserables la satisfacción de oírle pedir gracia o lanzar un grito de dolor.

Se dominaba con toda la fuerza de su voluntad de hierro.

Se dejó percibir un ligero olor a quemado.

Ya la aguja enrojecida estaba en contacto con los cabellos del detective.

Después sintió el pinchazo... cerró

los ojos... la aguja atravesó lentamente la piel.

—Detente, Blackwell—gritó con viveza una voz de mujer,—no le mates... no le mates ahora... Es Sherlock Holmes, el detective.

CAPITULO VIII

¡ENCADENADO!

Blackwell retiró instantáneamente la aguja.

Sherlock Holmes levantó en seguida la cabeza, y sus miradas se dirigieron hacia una mujer de encantadoras formas, cuyo rostro mate estaba encuadrado por una cabellera negra y rizada.

—La negra Maggie—se dijo entonces.—¿Ella aquí, en casa de los Piratas del Támesis? ¡Ah! esto me asegura siempre un pequeño adelanto...; por el momento, cuando menos, nada tengo que temer.

Al descubrir que el hombre atado a la silla era el célebre Sherlock Holmes, el terror de los malhechores, Maggie había provocado la más profunda estupefacción entre los Piratas del Támesis. Blackwell lanzó un grito de alegría y se frotó triunfalmente las manos.

—¿Estás segura de lo que dices, Maggie?—preguntó pasando su brazo alrededor del talle de la linda mujer.—¿Conoces, pues, a ese hombre, queridita mía? ¿No puedes engañarte?

—¿Cómo no conocerle?—respondió Maggie cuyos ojos estaban cargados de odio.—¿Quién llevó a la horca a mi padre el «Rey del Fuego» como le llamaban en Londres? Ese y ningún otro.

«Todos vosotros sabéis que mi padre era el más celebre incendiario de Londres. El aprovechaba los siniestros para penetrar en las casas en que reinaba la confusión y el atolondramiento.

Pero ese perro olió el procedimiento. Un día se encerró en una casa en la que sabía que mi padre debía pegar fuego, y allí es... allí fué—dónde detuvo a mi padre.

Después, en el curso del proceso, lo ha anonadado con pruebas de cargo, de suerte que no había medio de negar... y han enviado a mi padre a la horca.

En la noche que precedió a su muerte, me permitieron que fuera a verle a

fin de que pudiera despedirse de su único hijo.

Cuando me abrazaba por última vez en una miserable celda, me murmuró al oído:

«Negra Maggie, nada te dejes como no sea un nombre maldito y la cuerda con la cual van a ahorcarme y que el verdugo tal vez te dará si se lo suplicas.

»Pero te dejes otra herencia, cuidala bien; es mi venganza. Véngame de Sherlock Holmes».

Mientras hablaba, la negra Maggie parecía que se agrandaban sus ojos negros, que llameaban y lanzaban miradas de odio al detective, que escuchaba impasible.

—Si así es, habrías hecho bien en dejarme continuar tranquilamente. ¿Puedes soñar mejor venganza que ver a ese perro de detective reducido al estado de idiota?

—¿Pero no tenemos tiempo para eso?—repuso Maggie.

¿Hizo conducir a mi padre al suplicio seguidamente de haberle detenido?

¡Oh! no; la información ha durado más de un año. Durante todo un año se ha hecho sufrir al desgraciado a un interrogatorio casi diario y en su celda se le ha tratado como a un perro.

Todo esto es lo que quiero hacerle sufrir.

Si alguna vez me has amado, Blackwell, y si te acuerdas de los servicios que a todos os he prestado atrayendo a las víctimas, hazme presente de ese hombre, dame ese Sherlock Holmes para que yo lo martirice durante un año como lo ha hecho él con mi padre.

—Perfectamente—se dijo para sí en aquel momento el detective.

El amor no me habría salvado; tal vez lo pueda el odio.

Si la encantadora Maggie me conserva todavía con vida durante un año,



—Detente, Blackwell — es Sherlock Holmes el detective

por miserable que sea la condición, ya se me presentará una ocasión cualquiera de escaparme.

Blackwell reflexionaba.

Con el entrecejo fruncido miraba el suelo con aire sombrío y no parecía muy dispuesto a acceder al ruego de Maggie.

Pero la irresistible encantadora fué a estrechárselo tiernamente contra él y Sherlock Holmes observó que aquel hombre despiadado era blanda cera en la mano de aquella débil mujer.

—¡Pues bien, sea!—dijo el pirata.—Tuyo es Sherlock Holmes; haz de él lo que quieras.

Pero con tu cabeza me respondes de que no se escapará.

—¿Cómo sería posible? De nuestra isla nadie puede escaparse—respondió Maggie.

Aproximarse a ella sin ser notado, es posible—añadió riendo, pero salir de ella es ya otra cosa. Que le desaten de esta silla y que le conduzcan al almacén. Allí le pondremos a la cadena como a un perro.

En seguida Sherlock Holmes quedó libré de sus ligaduras; después, seis pi-

ratas se lo llevaron fuera de la casa guiados por Maggie, y le condujeron a una especie de tinglado cerrado a treinta pasos de allí.

Seguramente no eran los piratas los que habían edificado aquella construcción de ladrillos. Debía datar de la época en que los honrados pescadores habitaban todavía en la isla.

El techo era tan poco elevado, que Sherlock Holmes no podía permanecer en pie.

Aquel edificio que Maggie había llamado el almacén, merecía en realidad aquel nombre. En efecto, allí era donde los piratas recogían una gran parte de sus robos. Cajas, sacos, paquetes de todas formas y de todos tamaños eran amontonados en aquella estancia. Sólo un rincón quedaba libre y en la pared se veía pender una argolla de hierro a la cual iba unida una cadena bastante larga.

A su otro extremo la cadena llevaba un candado.

Sherlock Holmes fué inmediatamente sujeto a la argolla por la pierna derecha, precisamente por debajo del tobillo.

La negra Maggie con una lámpara en la mano alumbraba a los piratas, y durante el tiempo invertido en aquella operación, no cesó de maldecir al detective, asegurándole que viviría como un perro en aquel agujero húmedo, pues no se le daría por todo alimento más que carne podrida y huesos.

Sherlock Holmes lanzó un suspiro de satisfacción cuando aquella terrible mu-

jer su hubo alejado con sus compañeros, y la puerta del tinglado se cerró con llave por la puerta exterior.

El detective, se sentó tranquilamente en el suelo, se apoyó en la pared y se puso a pensar friamente las probabilidades de salvación que todavía podía tener.

Debió reconocer que esas probabilidades eran bien mínimas.

CAPITULO IX

LA CAJA MORHAT Y C.^a

Sherlock Holmes aguardaba con impaciencia la salida del sol.

Sólo de día podría formarse una idea exacta del local en que se encontraba.

Así que penetraron los primeros resplandores del alba a través de la estrecha y única ventana enrejada del almacén, el detective examinó lo que le rodeaba.

Lo que ya había creído observar a la luz dudosa de la lámpara se confirmó.

El tinglado estaba lleno en sus tres cuartas partes de cajas de mercancías de todos los géneros amontonadas unas sobre otras y extendiéndose hasta muy cerca del rincón en que el prisionero estaba encadenado.

La más próxima de aquellas cajas podía estar a dos metros de él. Debía estar allí desde fecha reciente, pues nada se había colocado sobre ella.

Sherlock Holmes se levantó y adelantó tanto como le permitía la longitud de su cadena.

Se fijó en una inscripción en negro que se destacaba en la tapa de la caja: «Morhat y C.^a».

—¡Toma! pero me parece...—se dijo oprimiéndose la frente con las manos. —«Morhat y C.^a» ¿no es la gran fábrica de herramientas situada en el oeste de Londres? Sí, sí, eso es, verdaderamente. En casa de Morhat y C.^a, en la Fulton-street compro yo mis instrumentos de acero, especialmente las ganzúas que me sirven para franquear las puertas.

¿Si cuando menos consiguiera yo abrir esta caja!

Acaso encontraría en ella alguna pequeña herramienta y... entonces... Probemos.

Cogió la caja con sus poderosos bra-

zos y la sacudió. Produjo un sonido metálico.

Era evidentemente inútil pensar en abrirla. Estaba bien clavada y parecía construída en sólidas tablas.

Sherlock Holmes se puso entonces a recorrer el almacén tanto como le permitía la longitud de su cadena, al mismo tiempo que sus ojos penetrantes y escudriñadores lo examinaban todo.

«Acaso—pensaba—caiga en mi mano un hacha olvidada por los piratas.»

Pero pronto pudo convencerse de que las gentes de Blackwell eran demasiado avisadas para dejar a su alcance un arma tan importante como aquella.

Sus investigaciones, no obstante, no fueron del todo inútiles.

En sus pesquisas acabó por descubrir en el suelo, junto a la pared, un clavo viejo y enmohecido, de dimensiones bastante considerables.

«Pues bien, esto vale más que nada —se dijo Sherlock Holmes agachándose al lado de la caja.»

Con aquella pésima herramienta comenzó a atacar la tabla que estaba opuesta a la puerta de entrada del tinglado.

Mientras trabajaba, sus oídos percibieron de repente un ligero ruido de pasos que se acercaban a la puerta del almacén.

La negra Maggie entró.

—¡Toma, perro! — exclamó—. Te traigo la pitanza.

Y por burla le arrojó algunos huesos que aún tenían adherida un poco de carne ensangrentada.

—Muchas gracias — respondió Sherlock Holmes con voz tranquila—. No soy escrupuloso en materia de alimentación...; claro que no son bocados es-

cogidos, pero sin más tardanza voy a tratar de aprovechar lo que se pueda.

—Pronto no bromearás ya — repuso la joven—. Espera tan sólo a que el hambre te haya picado un poco... y gemirás como un perrillo.

Después de esto, volvió la espalda y salió cerrando cuidadosamente la puerta con llave.

Sherlock Holmes reanudó seguidamente su tarea.

En sus manos vigorosas y hábiles, el clavo enmohecido hacía maravillas y la abertura se agrandaba visiblemente.

Al mediodía podía ya introducir dos dedos por la abertura, y hacia las cuatro, su mano entró libremente.

Tocó algo metálico.

Por un milagro de destreza consiguió asir aquel objeto que retiró lentamente con el mayor cuidado de la caja.

Ahogó un grito de alegría; eran unas tenazas.

«Estaba escrito—dijo a media voz—. No podía llegarme con más oportunidad esta herramienta de excelente acero, que espero va a permitirme cortar la cadena a que estoy sujeto.»

El detective no perdió tiempo.

Aplicó las tenazas entre dos mallas de la cadena, y con ambas manos apretó con toda su fuerza, y... se oyó un ligero ruido seco: la cadena estaba rota.

«¡Libre!—murmuró con alegría contentida—. ¡Libre!»

«No estoy ya atado como un animal salvaje. Pero ahora se trata de no ser demasiado torpe y estos malditos Piratas del Támesis no me tendrán dentro de poco en sus garras.»

Ante todo recogió un pedazo de cordel que había en el suelo, y de nuevo se ató la cadena al pie.

La ató de manera que nadie pudiera notar nada y de modo que bastara un pequeño movimiento para libertarse de ella.

Después observó con mucha atención uno de los huesos que Maggie le había arrojado.

Era un largo hueso de buey viejo. Tan sólido era que podía emplearse como maza.

«Después de todo es un arma—se dijo Sherlock Holmes—, y sabiendo servir-se de ella posible es conseguir algo.»

Hacia el oscurecer oyó de nuevo pasos que se aproximaban a la puerta.

Se acurrucó en su rincón, cogió el hueso en la mano y...

Era otra vez la negra Maggie que venía a saciar su odio contemplando su víctima.

Entró, cerró tras sí la puerta y se aproximó con lentitud.

Pero se detuvo prudentemente a cierta distancia del prisionero.

—¡Eh, señor Holmes! ¡Y bestia detective!—dijo con tono burlón—. Vengo a comunicaros una nueva muy agradable.

«Esta noche Blackwell va muy lindamente a saltaros los ojos.

«Eso debe importaros poco, porque para lo que tenéis que ver en vuestra prisión, os...»

En aquel momento Maggie lanzó un grito de terror y se lanzó hacia la puerta.

Con un verdadero salto de tigre, Sherlock Holmes se había precipitado, rompiendo el cordel que le retenía a la cadena.

Se trataba sólo de coger a Maggie antes de que hubiese podido llegar a la puerta y abrirla.

No fué difícil; el hueso de buey balanceado con fuerza y con mano segura, fué a herir a la joven en la cabeza en el mismo momento en que ponía la mano sobre la llave.

Tan violento fué el golpe que Maggie cayó sin sentido.

Un segundo después, se arrodillaba el detective al lado de ella, y después de haber recogido del suelo un puñado de paja, se lo introdujo en la boca a manera de mordaza.

En seguida, con una destreza y una habilidad inauditas, le quitó el vestido, desató los cordones del corsé, de los que se sirvió para atarle las manos y los pies.

Lo más penoso estaba hecho.

Maggie estaba ya inhabilitada para perjudicar, y eran en vano los esfuerzos que hacía para deshacerse de la paja que la ahogaba.

Para mayor seguridad, por otra parte, Sherlock Holmes le había atado sobre la boca su propio pañuelo del que no le habían despojado los piratas.

Esto hecho, prosiguió desnudándola.

Sin cuidarse de las miradas de odio que le lanzaba, le quitó las sayas y el jubón, y una manteleta negra que llevaba sobre sus hombros.

Después se puso Sherlock Holmes la

ropa de Maggie acomodándola lo mejor que pudo para que le llegaran las faldas bastante abajo.

Más difícil le fué ponerse el cuerpo, aunque la joven tuviese el busto muy desarrollado. No obstante, reventando las costuras, consiguió meterse en él.

Para disimular sus cabellos rubios, se anudó la manteleta en la cabeza y así tan extrañamente disfrazado, pudo esperar ser tomado de lejos por Maggie.

Entonces salió del almacén, cuya puerta cerró cuidadosamente.

Se trataba entonces de ganar la orilla y de saltar a una de las canoas que había allí amarradas. De otro modo no era posible salir de la isla.

Desgraciadamente, los botes se balanceaban en el agua muy cerca de la casa. Debía temer ser interpelado.

—¡Eh! ¡Maggie, Maggie! — gritó Blackwell desde una ventana de la casa—. ¿Has ido a saludar a tu prisionero?

Por toda respuesta Sherlock Holmes hizo un signo con la mano volviendo la cabeza.

Afortunadamente, Blackwell no insistió. Volvió a cerrar la ventana y el detective pudo llegar sin tropiezo hasta las canoas.

Un segundo después se había embarcado.

Con alegría se dió cuenta de que por casualidad se encontraba en el bote en que había viajado con el «Decalvado» para ir a la isla.

En el fondo del ligero esquife descubrió... el misterioso cuchillo.

Desde aquel momento se encontraba armado y en estado de vender cara su vida.

Al propio tiempo se le ocurrió una idea genial.

Todos los botes de los piratas, catorce en total, estaban amarrados allí. Si se cortaban las amarras, las canoas, arrastradas por la rápida corriente del Tamesis, bogarían hacia alta mar... Entonces... los Piratas del Tamesis se encontrarían prisioneros en su isla.

—¡Escaparían a la terrible venganza de Sherlock Holmes?

No, seguramente. El mejor nadador de Inglaterra no podría luchar contra la fuerza de la corriente que le arrastraría hacia el mar sin remisión.

A riesgo de perder algunos minutos, durante los cuales se jugaba la vida, el detective cortó con el cuchillo todas las amarras.

Después, empuñando los remos, se alejó rápidamente y sin ruido, costean-do la orilla para no ser visto.

Tuvo la inaudita alegría de ver a las canoas arrancar una tras otra y marchar siguiendo la corriente del agua.

—Ahora son míos — se dijo riendo cuando hubo recorrido un millar de yardas.

«Ahora no puede escapárseme ninguno de los Piratas del Tamesis que se encuentran en la isla. Ahora, Blackwell, te voy a ajustar las cuentas.

CAPITULO X

LA ISLA DEL DIABLO

—Señor Harry, he aquí un despacho para el señor Sherlock Holmes.

Era cerca de medianoche cuando la señora Bounet pronunció estas palabras entrando en el gabinete de trabajo del detective en que Harry Taxon estaba abstraído en el estudio de un voluminoso legajo.

El joven tomó el despacho, y con arreglo a las instrucciones que le había dado Sherlock Holmes con carácter general, lo abrió.

La facultad no estaba demás, pues no se podía saber si en un caso dado, los

telegramas contenían algo urgente que exigiera una acción inmediata.

—¿De Londres?—se dijo al leerlo—. Veámos de qué se trata.

Y después de haberlo leído, se puso rápidamente uno de sus disfraces.

Con su pantalón remendado, sus botas destalonadas, su bufanda oscura alrededor del cuello y una gorra agujereada en la cabeza, tenía el aspecto miserable de un obrero joven sin trabajo.

Salió seguidamente, y con paso rápido se dirigió hacia la Deptford-Road, en donde Sherlock Holmes le había dado cita.

Los transeuntes en aquella hora no eran muy numerosos y a medida que el joven avanzaba en la dirección excusada de los Docks, las calles estaban cada vez más y más desiertas.

Llegó a la Deptford Road.

Se trataba entonces de descubrir la casa designada a veinte pasos del pasaje Remington.

El lacónico telegrama no precisaba más. Harry debía reconocer sucesivamente las casas situadas a veinte pasos a derecha e izquierda del pasaje, después también las de la acera de enfrente.

Por fortuna llevaba su linterna eléctrica de bolsillo, que le bastaba para comprobar si al lado de tal y cual puerta se encontraban las tres cruces rojas indicadas por el detective.

No era de temer, por otra parte, llamar la atención. De un lado, él operaba con mucha destreza; de otro, la calle estaba absolutamente desierta.

La suerte le favoreció. Después de haberse cerciorado de que la casa en cuestión no se hallaba a la derecha del pasaje, dió media vuelta, anduvo cuarenta pasos en la calle en la misma dirección y se detuvo delante de una puerta.

Brotó un rayo de luz de su linterna y descubrió en la pared las tres cruces rojas.

Un instante después, estaba de facción en la acera de enfrente, oculto en el quicio de una puerta.

—¿Qué demonios puede hacer el señor Holmes en esta casa?—se preguntó Harry mirando el edificio con atención.

»Se diría que en ella no habitan ni los gatos.

»No obstante, mi jefe debe tener sus razones para haberme destinado aquí.

Y, contentándose con estas explicaciones, Harry aguardó pacientemente las nuevas instrucciones que tuviera a bien enviarle el detective.

Transcurrieron varias horas sin que nada viniera a turbar el silencio y la soledad de Deptford-Road.

Bien pronto los primeros resplandores del alba naciente iluminaron la gris y sombría fachada de la misteriosa habitación.

—Ea, ya tenemos otra noche pasada—se dijo Harry que se paseaba a lo largo y a lo ancho con filosofía—. Comienzo a creer que el señor Holmes no va a regesar sino entrado el día.

Pero el tiempo pasaba. Cada vez era mayor la claridad; Sherlock Holmes seguía siempre sin dar señales de vida. Harry comenzaba a sentir alguna inquietud.

Además, aquel barrio no era nada tranquilizador. Se percibía en él como olor a crimen. Cuando fué completamente de día, Harry se decidió a abandonar su actitud puramente expectativa.

«Es preciso que entre en esa casa y que la escudriñe—murmuró—. Si Sherlock Holmes está dentro, me oirá, pues haré la señal convenida entre nosotros. Si no estuviera, me daré prisa para regresar a casa. Tal vez haya alterado sus planes. Acaso haya regresado desde hace mucho tiempo.

El joven entreatrió entonces con precaución la puerta y se deslizó en la casa.

Atento y con el revólver en la mano, subió la escalera y recorrió las habitaciones del primer piso que encontró vacías.

De tanto en tanto dejaba oír suavemente el arrullo del palomo, señal convenida con Sherlock Holmes. Pero fué inútil; nadie respondió.

Harry debió convencerse de que su jefe no estaba allí. Por lo demás, después de aquella noche pasada en blanco al aire libre, su estómago empezaba a dar señales de hambre. Resolvió, pues, regresar a la calle de Victoria-street.

Al llegar, fué su primer cuidado preguntar si Sherlock Holmes había regresado.

La señora Bounet sacudió negativamente la cabeza. Tenía aspecto de estar furiosa.

—Verdaderamente, si no quisiera tanto al señor Holmes, y si no conociera que todo iría a la desbandada de no estar yo aquí, dimitiría el cumplimiento de mis funciones. ¿Cómo queréis que esto marche? Finalmente estáis aquí; pero ¡cuán fatigado es vuestro aspecto! Daos prisa a subir, el desayuno nos espera.

El joven se instaló en seguida e hizo honor a la excelente cocina de la señora Bounet.

—¿Qué puede haberle ocurrido al señor Holmes?—se decía mientras almorzaba—. ¿No habrá caído en una emboscada en la cual acaso corre grandes peligros mientras yo me estoy regodeando en su mesa? ¿No hay lugar a pre-

venir a la policía? ¡Ah, no; eso sería absurdo! ¿Qué hay de sorprendente en que un detective no regrese a su casa por la noche y no concurra a la cita que ha dado? Creo que el señor Holmes me asparía si diese cuenta a la policía de su desaparición. De momento no hay otra cosa que hacer sino aguardar.

Durante el día Harry fué tres veces a la casa de Deptford-Road y la registró concienzudamente, pero sin resultado alguno. Cuando llegó la noche prosiguió su facción ante el misterioso inmueble.

Eran las diez.

«¡Si cuando menos pudiera sospechar lo que venía a hacer en esta casa!—se decía—. Y, sin embargo, debe haber tenido sus razones para darme por telegrama una cita aquí. ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia? Ayer noté que esta casa daba por detrás al Támesis. ¿Acaso el señor Holmes se habría inclinado excesivamente sobre el antepecho de una de las ventanas y habría caído al río?»

Acosado por esta idea el joven regresó a la casa.

Examinando detenidamente las ventanas, tal vez se encontraría algún objeto perteneciente a su jefe y que probara que efectivamente el detective había pasado por allí.

Llegado al primer piso, entró en el cuarto de la puerta de atrás.

Los rayos de la luna penetraban a través de la ventana abierta de par en par e iluminaban la pieza que lo mismo que la víspera estaba absolutamente vacía.

Se aproximó a la ventana después de haber encendido la linterna sorda y se entregó a una inspección minuciosa.

El reducido antepecho estaba cubierto de polvo, pero los penetrantes ojos de Harry distinguieron de repente las huellas de dos manos que se destacaban bien claramente.

Era una prueba de que alguien se había agarado con fuerza al antepecho de la ventana.

¿Con qué objeto? Evidentemente para inclinarse hacia el vacío en el exterior.

¿Y esas huellas no podrían hablar?

Asteguaban dedos largos, delgados y huesudos... y el índice de la mano derecha estaba en extremo desarrollado.

No había que vacilar. Únicamente las

manos de Sherlock Holmes ofrecían tales particularidades.

«Ha pasado, pues, por aquí—murmuró Harry—, y se ha colgado del antepecho de la ventana. ¿Pero para ir a dónde? ¿Al Támesis? ¡Imposible! El señor Holmes no ha podido suicidarse. Por otra parte, no ha sido bastante insensato para arrojarse al agua con el objeto de ganar a nado...»

El joven río dijo más.

De repente se sintió asido por la nuca y al mismo tiempo por la garganta por unas férreas manos que le estrechaban como en un torno.

—¡Tenemos todavía otro!—exclamó una voz ronca—. Es un espía, como el otro, y como a él vamos a dejarle mudo para siempre.

El desgraciado Harry arrastado hacia atrás por una fuerza irresistible, fué derribado a tierra.

Un instante después, su agresor, de figura bestial encuadrada en una barba roja, le apoyaba la rodilla sobre el pecho mientras que a su lado surgía otro individuo de aspecto tampoco tranquilizador.

—Confiesa, serpiente, que estás al servicio de Sherlock Holmes, ese maldito detective—dijo el hombre de la barba roja.

Por espantado que estuviese en aquel momento, Harry no pensó en su propia persona. El nombre de Sherlock Holmes que acababan de pronunciar los dos bandidos, probaba suficientemente que el detective había sido víctima de una asechancia, y dos gruesas lágrimas resbalaron de los ojos del joven que lloraba ya la muerte de su excelente maestro.

—¿Quieres hablar o te rompo el cráneo?—añadió el primero de los bandidos—. Patsy, apóyale la punta del puñal en la garganta; ya verás como eso le suelta la lengua.

—¿Por qué tantos miramientos?—respondió Patsy—. Arrojaremos al agua esta víbora, será más sencillo.

—Tienes razón; vamos a hacerle dar un cabuzón en el Támesis.

Pero antes veamos de atarle graciosamente las manos detrás de la espalda, pues hay serpientes que saben nadar... Realmente Blackwell ha tenido una magnífica idea cuando nos envió aquí para montar la guardia.

—«Tomad un bote y marchad los dos—nos dijo—; apuesto a que vendrá al-

guien a saber lo que ha sido de Sherlock Holmes. Así le ajustaréis las cuentas a su socio.»

—En efecto; aquí tenemos a ese alguien—dijo Patsy bromeando—, y vamos a ajustarnos a las órdenes de Blackwell.

—¡Vamos, en pie, perro maldito!— aulló el hombre de la barba roja—. Echate hacia la ventana; muy pronto no sabrás en donde está Londres. Patsy, átales las manos.

Bien pronto estuvo hecho.

El bandido le ató las muñecas una contra otra detrás de la espalda con una fina cuerdecilla que penetraba en las carnes. El pobre muchacho no pudo oponer la menor resistencia, pues tenía que habérselas con dos hombres como Hércules.

A puñetazos y a puntapiés le empujaron hacia la ventana.

—Abajo hay bastante agua—dijo Patsy chanceándose—. Podrás beber si tienes sed.

Harry dirigió una mirada hacia el cielo en el que brillaban algunas estrellas. Era la última vez que las veía.

Había sonado la hora de su muerte.

—A ti, Patsy, levanta—gritó el hombre de la barba roja cogiendo a Harry por las cadenas. Vamos a darle un buen empuje para que sea mejor el cabuzón.

—¿Estás?

—Sí.

Uno, dos y...

—Y tres—surgió una voz en el mismo momento.

Aquellas palabras fueron apenas comprensibles. Casi se confundieron con el ruido de dos detonaciones sucesivas.

Patsy se desplomó cadáver: una bala le había entrado por la oreja izquierda y le había atravesado el cerebro; la segunda bala había alcanzado en la barba al hombre de la barba roja que se desplomó igualmente vomitando sangre.

En aquel mismo momento apareció un hombre delante de la ventana y en el exterior: era Sherlock Holmes.

Llegaba en el preciso momento de recibir en sus brazos el cuerpo de su desgraciado discípulo.

—Has perdido un poco el conocimiento—exclamó un momento después el detective—. Vamos; reponte, muchacho. Todo marcha bien ahora; nada tienes que temer.

—¡Vos!, señor Holmes... ¿Pero, en nombre del cielo, en dónde estábais?...

¿De dónde venís?

—¿De dónde vengo?

—Pues de la casa de los Piratas del Támesis. ¿Y quieres saber a dónde iré aun esta noche? A casa de los Piratas, muchacho. Ahora les tengo a todos en mi bolsillo.

Había llegado la noche. Sobre las agitadas olas del Támesis que iluminaban los pálidos rayos de la luna, avanzaban rápidamente y sin ruido una flotilla hacia la «Isla de los Piratas».

Se componía de ocho buques. En el que marchaba a la cabeza, se encontraban Sherlock Holmes, Harry y el capitán de policía Tohardy, que tenía la isla en su circunscripción.

Las otras embarcaciones estaban montadas por detectives y polizontes.

—Habéis dado vuestras órdenes, capitán?—preguntó Sherlock Holmes—; ¿saben vuestros hombres exactamente lo que tienen que hacer?

—Tomaremos la isla por asalto—respondió el capitán de policía—. No me imagino que los mozos quieran rendirse.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando se dejó oír un terrible fuego de fusilería, mientras que una granizada de balas caía a corta distancia delante de las barquillas.

Los bandidos, afortunadamente, habían calculado mal la distancia y su fuego fué inofensivo.

—¡Adelante, amigos míos!—gritó Sherlock Holmes—; ahora se trata de abordar lo más pronto que sea posible.

Los remeros se pusieron entonces a «nadar» con energía desesperada, desplegando todo el vigor de que eran susceptibles: las canoas volaron como flechas.

Pero los bandidos habían roto el fuego a voluntad y rectificado rápidamente su puntería.

Varios polizontes fueron heridos. De todos modos, las canoas pudieron abordar.

Sherlock Holmes fué el primero en echar pie a tierra.

—Ten cuidado—dijo a Harry—. Quédate siempre a mi lado; tenemos que habérnoslas con malvados en extremo peligrosos.

—Ya lo sabéis, muchachos, nada de cuartel—ordenó el capitán de policía—; derribad a todo el que se resista. ¡Adelante! Debemos apoderarnos de la casa.

Treinta polizontes se lanzaron hacia en mano hacia la puerta. Pero en el

mismo momento aquélla se abrió de par en par y los Piratas del Támesis se precipitaron delante de sus adversarios lanzando gritos de furor.

De un disparo, Sherlock Holmes mató a veinte pasos de él al «Decalvado» que salía a su encuentro cuchillo en mano.

Pero era otro hombre al que buscaban en la contienda los ojos de halcón del gran detective.

—¡Pegad fuego a esa guarida de bandidos!—tronó a través del tumulto la voz de Toharty.

Mientras tanto, los piratas que combatían como desesperados, habían conseguido pasar la línea de los agentes policíacos, y unos diez de ellos—los otros estaban ya gravemente heridos o prisioneros—se precipitaron con toda velocidad a la orilla del río.

—Apoderémonos de los botes—dijo una voz de mando.

—¡Blackwell! — exclamó Sherlock Holmes—; el bandido se nos va a escapar... se van a salvar en nuestros propios botes.

Tal era, en efecto, el plan por Blackwell imaginado.

Pero una descarga de fusilería bien apuntada, redujo a la mitad la cuadrilla, y al llegar a la orilla, el pirata no tenía a su lado más que cinco hombres.

Sherlock Holmes, Harry, Toharty y seis polizontes decididos, le seguían de cerca.

Los bandidos se habían acomodado ya en uno de los botes y Blackwell mismo iba a embarcarse cuando el detective dando un verdadero salto de tigre se arrojó sobre él y lo aprisionó.

El pirata se vió perdido.

—No moriré solo, Holmes del diablo—exclamó—; tú me harás compañía.

Con un arranque formidable, el miserable se había lanzado en el río arrastrando con él a su enemigo.

Desaparecieron bajo las olas.

Un momento después reaparecieron en la superficie congestionados, y se les vió luchar sin dejar de nadar.

El pirata se esfarzaba visiblemente en asir a su contrario por la garganta para dejarse en seguida caer al fondo con él.

Pero Sherlock Holmes que estaba en plena posesión de su sangre fría y comprendía el juego del bandido, supo escapar a su terrible apretón, y después

de haber aturrido a Blackwell con un formidable puñetazo entre ambos ojos, fué él quien asió su garganta entre sus manos nerviosas.

—¡Muere, Blackwell! ¡Maldito Pirata del Támesis! Nada puede ya salvarte. Contigo perece la bestia más feroz del mundo—exclamó el rey de los detectives.

Harry y el capitán de policía que habían acudido en un bote en socorro del detective, le condujeron a la orilla al mismo tiempo que el cuerpo del jefe de los piratas.

—El miserable ha dejado de vivir. Pero es lástima que haya muerto tan dulcemente—dijo con frialdad Sherlock Holmes a manera de oración fúnebre.

Durante aquel tiempo, los otros polizontes, tripulando sus canoas, habían dado caza a la embarcación de los bandidos y se habían apoderado de ella después de haberlos herido a todos.

La siniestra banda de los Piratas del Támesis había concluído.

Los criminales que no estaban más que heridos fueron condenados a penas perpetuas.

La negra Maggie, su hada bienhechora, obtuvo veinticinco años de reclusión.

Algún tiempo después de aquel día, la señora Evelina Blunt, fué acompañada de Sherlock Holmes a visitar a su marido en el hospital de Bethléhem.

El desdichado no la reconoció, pero ella dió pruebas de una calma y de una tranquilidad extraordinarias.

El médico director del establecimiento, alienista de los más distinguidos, hizo esperar a la joven que su marido, a consecuencia de una operación quirúrgica que próximamente se iba a intentar, recobraría casi ciertamente la razón.

—Os deberé toda mi dicha, señor Holmes—dijo la joven estrechando la mano del detective.

—Y la población de Londres os deberá mucho más aún, señora Evelina—respondió Sherlock Holmes—. Quién sabe si sin vuestras indicaciones habría descubierto las huellas de los Piratas del Támesis, que habrían podido tal vez durante mucho tiempo todavía, proseguir sus crímenes en la más completa impunidad.

EL PRÓXIMO NÚMERO
SE TITULARÁ



La
TRAMPA
del VIEJO
EDIFICIO

EDICIONES POVI
BARCELONA

N.º 1

